

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giro a A. Barrera

LA ACCION POLITICA DEL SOCIALISMO

El comité ejecutivo de la Internacional Socialista se reunió en el pasado mes de febrero en la capital de Luxemburgo. ¿Qué problemas de urgencia determinaron esa reunión de los dirigentes de la social-democracia europea? ¿Qué solución plantearon a los problemas políticos y económicos de esta hora, los lacayos del capitalismo internacional?

Para el socialismo no hay otra solución a los problemas de post-guerra que los derivados del creciente fortalecimiento de la burguesía y la seguridad del equilibrio económico del capitalismo. Los jefes de la Internacional Socialista, complicados en todas las maniobras reaccionarias de los Estados que sirven con fidelidad de lacayos, sólo se detienen a discutir las probabilidades de colaboración con los gobiernos reaccionarios. Y en la reunión de Luxemburgo, la burocracia socialista hizo de nuevo su profesión de fe burguesa y entonó una loa al triunfo laborista, propiciando a la vez el reconocimiento del gobierno bolchevique y la democratización de la Liga de las Naciones.

Todos los problemas sociales deben ser resueltos por la vía pacífica, por la acción jurídica de la Oficina Internacional del Trabajo creada por el Tratado de Versalles o por la colaboración parlamentaria de los jefes socialistas. He ahí, resumido, todo el programa reconstructivo del socialismo europeo. Y en realidad, no se puede pedir otra cosa a los traidores del proletariado, que antes formaron la "sagrada alianza" para la guerra y hoy se alían al capitalismo para restaurar el derruido edificio del Estado e imponer el equilibrio burgués a costa de la miseria y del sometimiento de la clase trabajadora.

Un hecho sin otra importancia que la que se deriva de todo accidente político. — la transformación del laborismo inglés en partido de gobierno — motivó un enorme alborozo en los jefes de la Internacional Socialista. En ese indicio de avance político hacia el poder, ven los traidores del proletariado "el premio de sus traiciones" y un "reconocimiento" de sus "cualidades de fieles lacayos por parte del capitalismo. De ahí que los burócratas "marxistas" aleguen, para justificar su "propia ineptitud", que "la Internacional siempre hizo llamamiento a las fuerzas morales de la humanidad como base de esa sociedad nueva, a la cual aspira la clase obrera. Hoy salida de todo error, el éxito obtenido por los camaradas ingleses, suyos esfuercos, inspirados por las mismas ideas, tratan

de modificar la política internacional que hasta hoy ha sido el campo de batalla de los intereses de los capitalismos de diversas naciones". El triunfo laborista no modificará las conclusiones de la paz victo-

ra es una vergüenza para la humanidad que las poblaciones enteras, a los cinco años de haber triunfado la paz formal, continúen bajo la dominación arbitraria del militarismo de los vencedores", pero al mismo tiempo

JUBILACION



Excelencia, el pueblo no quiere pagar. No quiere pagar. ¿Con qué pagamos los nuevos armamentos, si no quiere pagar?

considera que Alemania debe pagar las reparaciones y cumplir con lo establecido por el tratado de Versalles. Esta dualidad de criterios obliga a los jefes socialistas a mantenerse en una difícil posición frente al proletariado internacional. Pero creen salvar el escollo declarando que

después de la victoria del Labour Party británico los gobiernos capitalistas se han visto obligados a buscar por sí mismos una solución económica pacífica del problema de las reparaciones. Pero como ese problema depende de la solución de las demás cuestiones planteadas por la guerra y agrava por consiguiente las condiciones económicas del pueblo alemán, el comité ejecutivo de la Internacional Socialista se ve obligado a apelar a una logomaquia política. Declara:

Si la solución impuesta, de cargas a la clase obrera alemana, no puede ser soportada más que por la prolongación de la jornada de trabajo más allá de las ocho horas en Alemania y con una sensible baja en el salario real de los obreros de dicho país, el mecanismo de la concurrencia capitalista creará una profesión capitalista que obligará a otros países también a prolongar la jornada de trabajo y a disminuir los salarios. De esta manera las reparaciones serían pagadas no por las clases capitalistas de Alemania, responsables de la guerra y enriquecidas como consecuencia de ella, sino por los trabajadores de todos los países.

Y agregan los lacayos socialistas que "el acuerdo sobre el problema de las reparaciones no solamente debe hacer posible la liberación de los países ocupados, no solamente conviene a los derechos de Francia y de Bélgica, con la necesidad de estabilizar las monedas y restablecer el equilibrio económico en Europa, sino también preservar a la clase obrera internacional de una concurrencia alemana demasiado intensa y garantizar el restablecimiento de la jornada de ocho horas en Alemania y su mantenimiento en el resto entero, y hacer recaer el peso de las reparaciones, no sólo sobre el trabajo alemán sino sobre el capital alemán". Esos fines no se consiguen alentando al capitalismo francés en su lucha contra la industria alemana. Pero los dirigentes de la Internacional Socialista, ya que no pueden fluidir sus compromisos con la burguesía, continúan al capitalismo la solución de los problemas sociales que dejó en pie la guerra y pagando la paz impuesta por las naciones aliadas. Con buena voluntad se declara el comité ejecutivo de la I.S. aprobando la Sociedad de las Naciones, aún imperfecta, más universal y más democrática; se podrá seguramente conseguir ese asentimiento de popularidad, prelado necesario para la realización de armamentos, y la aprobación del desarme general y el arbitraje obligatorio que demanda la comunidad, que no olvida la legitimación y la neutralización de las fronteras fronterizas. Después de eso, en una embudo solución en el problema de las repa-

raciones, de la jornada de trabajo y de la paz universal, los burócratas marxistas reunidos en Luxemburgo se abocaron al estudio de la cuestión rusa. Y en ese punto hacen esos equilibristas las más hábiles piruetas y los más arriesgados saltos mortales. He aquí la declaración del comité ejecutivo de la Internacional Socialista respecto al reconocimiento del gobierno bolchevique:

"El comité ejecutivo hace constar con satisfacción que desde el reconocimiento "de jure" de Rusia por el gobierno laborista inglés y el gobierno italiano, el pleno reconocimiento de la Rusia soviética por las demás potencias y el restablecimiento de las relaciones normales entre Rusia y Europa pueden ser consideradas como un hecho inminente. Es, el ejecutivo lo considera como la mejor demostración de que ha terminado el boicot internacional a Rusia y que es imposible volver a la política de intervención y de bloqueos y lo estima como apoyo favorable a la democratización del régimen político en Rusia.

"El comité ejecutivo, conforme plenamente con las resoluciones del congreso de Hamburgo, mantiene la acción de los partidos socialistas de los diferentes países para obtener el reconocimiento del gobierno soviético e invita a los partidos afiliados allí donde la burguesía se oponga aun al reconocimiento "de jure" de la Rusia soviética, para que redoblen sus esfuerzos a fin de conseguir dicho reconocimiento, lo que exige una atención particular, para que los gobiernos capitalistas no impongan más al pueblo ruso condiciones que equivalgan a una esclavitud económica.

"Por ello el comité ejecutivo considera que es deber de los partidos obreros socialistas de todos los países sostener a los socialistas rusos en su lucha contra el régimen bolchevique de opresión política.

"El comité ejecutivo envía un saludo a los camaradas rusos prisioneros y deportados, quienes, a pesar de las persecuciones sufridas permanecen fieles al ideal socialista. Declara que el deber de todos los partidos adheridos a la Internacional O. Socialista es realizar una acción enérgica para la amnistía completa de los prisioneros políticos en Rusia y la cesación de las persecuciones contra las organizaciones de obreros y de agricultores no comunistas.

"Por una parte, los socialistas reclaman el reconocimiento del gobierno bolchevique por los gobiernos capitalistas; por otra, concitan a sus partidarios a luchar contra el bolchevismo: Si la burguesía reconoce al gobierno de Moscú, debe consagrar y legalizar internacionalmente todos los crímenes de la "cheqa" y las feroces persecuciones llevadas a cabo por los tiranos comunistas. En qué forma, pues, concilian sin doble actitud, favorable al gobierno ruso y al mismo tiempo contraria a sus procedimientos políticos, los dirigentes de la Internacional Socialista?

"Para los lacayos del capitalismo no existen extremos. De ahí que consideren que se puede defender al proletariado alemán favoreciendo los

Los flanqueadores del Fascismo

El fascismo ha vencido en Italia, por las vías y con los medios que todos saben, contra todos los partidos del pueblo considerados subversivos. Pero no habría vencido si no hubiera tenido la ayuda no sólo de las clases ricas en general, sino también de los mismos partidos organizados — conservadores, liberales y democráticos — que se dicen constitucionales y han sido, desde la formación del Reino de Italia en adelante, los que han tomado constantemente en sus manos el gobierno de la nación.

Estos partidos, y el gobierno que era su emanación, al ayudar al fascismo desde el 1920 al 1922 creían tener que verse con un movimiento exorádico, que habría desbaratado a las fuerzas proletarias y revolucionarias, asumiendo las responsabilidades más graves que ellos no querían, y luego... se hubiera dejado poner a un lado y contentar con algunas medallas de diputado y algunas carteras ministeriales a los elementos más asimilables. Al contrario; obtenida la victoria el fascismo lo quiso todo para sí; y de aquí empezó ese destroz, ese desmenzamiento y anulamiento de todos los partidos políticos burgueses a quienes le fué aplicado sin miramientos ese puntapié en el trasero que antes o después pensaban ellos dar al fascismo.

Hoy estos partidos se encuentran en condiciones mucho peores que los partidos de la extrema izquierda y a base proletaria. Estos últimos por lo menos han conservado los cuadros y un pequeño número de partidarios esparcidos en todo el país, unidos por una idea y por un programa de porvenir; y viven una vida innegable, sea en la esperanza de todos los pobres y de todos los oprimidos, sea en el temor que les tienen sus enemigos. Pero los otros, que tampoco antes tenían ningún séquito de masas y eran exponentes de clientelas reducidas o de pequeñas castas y de consorcios de una importancia del todo contingente y aparente, privados del poder y de toda esperanza de volver a atraparlo en breve tiempo, se han deshecho y licuado como nieve al sol.

El desastre generó en sus filas el "salvase quien pueda". Naturalmente, hombres que concebían la vida de partido como algo inseparable de la vida de gobierno, del hecho de ser diputados, o ministros, o senadores, o alcaldes de grandes ciudades, o prefectos, etc., ante un hecho histórico nuevo que amenazaba desplazarlos completamente, hacerlos morir po-

planes imperialistas de Francia y confían a la Liga de las Naciones — engendrada por el infame tratado de Versalles y supeditada a los vencedores — la misión de restablecer la paz burguesa bajo el imperio del capitalismo. ¿Qué tiene de extraño que los antibolcheviques de ayer se convirtieran en los defensores de la tiranía leninista, esperando como recompensa un mejor trato de parte de los dictadores de Moscú? El marxismo es eso: cinismo, desvergüenza, carencia de sentido moral y atrofia de las facultades sensitivas del hombre dominado por los peores instintos de la animalidad.

líticamente, debían agarrarse aunque fuera a un hierro candente con tal de no desaparecer. En el primer momento creyeron salvarse arrastrando a su partido a las más inverosímiles genuflexiones. Todos los partidos de gobierno eran ardientes "filofascistas"; y quizá tenían la esperanza de sofocar y absorber al fascismo en un enorme e impúdico abrazo.

Pero el fascismo no cayó en la trampa. Se sirvió un poco de todos, desde los clericales a los democráticos, en el primer momento, cuando tuvo necesidad de no espantar demasiado a las clases medias y de quieto vivir, en el interior y en el exterior; pero poco a poco dijo con claridad que aceptaba el concurso de los hombres de las más diversas partes, pero sin condiciones y sin ligaduras de partido. De los partidos organizados no quiso nada; fuera del fascismo no hay partidos organizados amigos. Los amigos que se organizaban fuera del fascismo eran falsos amigos, pretendientes a la herencia y por eso interesados en la muerte del partido fascista del que el primer artículo del programa es el de... no querer morir a ningún costo.

Los hombres políticos de los partidos constitucionales fueron así puestos en la disyuntiva: o renunciar a su partido y traicionarlo entrando en el juego del fascismo como instrumentos de éste, o bien ser catalogados entre los adversarios y renunciar a toda posible resurrección política mientras el fascismo dura. Una parte, la más pequeña, hizo coraje y se decidió a ponerse en la oposición; pero entre el partido y sus comodidades, escogieron las segundas sin andarse con muchos cumplidos. Sólo algunos, aunque pasando prácticamente a la otra orilla, han querido reafirmar de reservas democráticas y constitucionales; pero nadie los ha tomado en serio, — a empezar por los fascistas.

No nos referimos por ahora a los restos rechazados o que han ido voluntariamente hacia la oposición. Nos referimos a los que han tenido el coraje de apurar cetero el cáliz del aceite de ricino y se alinearon al lado del fascismo. Los hay que por buenas o por malas aceptaron de plano la tarjeta fascista, y no cuentan ya sino como un número en el rebaño. Pero también los que todavía se dicen liberales, o conservadores, o constitucionales, o democráticos, hacen un simple juego de palabras. Sus partidos no existen ya.

Las elecciones que se están haciendo en este momento son el signo más significativo. Después de la lista de la mayoría parlamentaria, elegida a priori por el gobierno, las listas que tienen mayor número de nombres y se presentan en un número mayor de circunscripciones, son de la oposición clerical y de la subvertiva: republicanos, socialistas, reformistas, comunistas. Las otras listas hacen retr, cuando no suscitan un sentimiento de piedad. Pocos nombres, y listas presentadas en dos, tres o cuatro circunscripciones a lo sumo; todas menos tres o cuatro, mal toleradas, bien que se afanan en decir que se presentan sólo para contrarrestar el paso a los subversivos y para flanquear el partido de la "reconstrucción nacional".

El partido flanqueador por excelencia es el giolittiano, que podría llamarse el

partido de la conservación monárquica. En realidad no tiene otra pretensión fuera de la de gobernar en el mejor interés de la monarquía manobrando entre los partidos para que ésta quede a flote; un día se opondrá a las expediciones coloniales y otro les es favorable; neutralista y a la vez exaltador de la guerra, demócrático hasta el reformismo socialista y luego plutocrático y partidario de los regímenes personales. El giolittismo es el que más eficazmente allanó en el parlamento y en el gobierno el camino al fascismo, porque vivió en él el instrumento de salvación de la monarquía; pero es también el que hubiera detenido en su ascensión en octubre de 1922, si el fascismo no hubiese dado aquel salto hacia adelante que lo puso fuera de alcance.

Ahora este parti o ambiguo y conservador, reducido a pocas personas, pero gozando siempre de cierto prestigio en las esferas dirigentes, militares y de la corte, tiene el aire de un vigía atento a que el fascismo no se desvíe a la izquierda y para empujarlo cada vez más a la órbita de las instituciones tradicionales saboyanas, para sostenerlo, asegurarlo. Pero el fascismo soporta mal esta especie de protectorado a distancia, bien que haya quien susurre que Giolitti es siempre la eminencia gris del gobierno, por más fascista que éste se diga. Probablemente si el giolittismo es más tolerado que los otros esto no es sólo por los servicios prestados en el pasado sino también porque se sabe que su *leader* ha pasado los ochenta años y no podrá vivir otros... doce años multiplicados por cinco! Y desapareciendo Giolitti, también el giolittismo habrá muerto.

En París y en toda Francia, el nombre de Pelloutier está ligado indisolublemente a la historia del sindicalismo y en la Casa de los sindicatos de la calle Grange-aux-Belles, justamente allí donde los revólveres comunistas fueron descargados sobre nuestros compañeros, hay un salón que ha sido bautizado en otro tiempo con el nombre de Pelloutier.

El nombre del nuestro no es, pues, desconocido; no es raro; pero se podría decir que resurge hoy como un renombre más vivo que nunca precisamente en razón del valor que adquieren y de la actualidad que desencadenan las ideas de que él fue el propagador más devoto y ardiente. Hay en torno a nosotros tanta oscuridad de dogmas políticos que resurgen, hay tanta astucia en los mistificadores y también, digámoslo, tanta ingenuidad en las víctimas, que los hombres que quedaron fieles al sindicalismo obrero hallan en la reivindicación de los gran-

de mantener aparte. Los poquitos liberales descontentos, que aquí y allá quisieran darse todavía un aire de independencia... misiolittiana, no impiden que el Partido como tal esté muerto y sepultado, sofocado por su misma fascistofilia. Tal vez no es malo que esto suceda. Los equívocos es mejor que terminen. Ninguno de nosotros podía desear esta tormenta de reacción, y cada uno de nosotros, pudiéndolo, hubiera tratado de conjurarla, tantos son los daños que ha acarreado en todos los campos, tan fatigosamente cultivados, del progreso civil, para una cosecha humana de mayor libertad y justicia. Pero lo que ha sucedido no se puede ya impedir. Y entonces, si la tormenta, entre tantos males, ha hecho este bien de limpiar el terreno de los detritus del pasado político italiano, no seremos nosotros los que perderemos el tiempo en lamentarnos por ello.

La tarea de hacerlo correspondía al proletariado; y la hubiera hecho, no por cierto con resultados exclusivamente negativos. Pero que la hayan hecho otros (aun que a través de tanto dolor) es un beneficio que objetivamente queda señalado.

Un precursor del sindicalismo Fernando Pelloutier

Nuestra Asociación Internacional de los Trabajadores ha querido que el 13 de marzo de este año sea recordado un nombre que ha dejado un gran rastro en la historia del sindicalismo revolucionario: Fernando Pelloutier.

Este nombre es bien conocido en la historia del movimiento obrero internacional, y aun cuando el mundo olvida denegado pronto la obra de sus beneméritos de la clase oprimida, sin embargo los más jóvenes de las luchas proletarias no pueden ignorar qué parte importante ha tenido Pelloutier en el movimiento sindicalista antipolítico.

Hablan de él diversos escritores a quienes conocemos. George Sorel, en su libro sobre la teoría de la violencia tiene palabras de admiración para Pelloutier y considera un hecho histórico de gran importancia la entrada de los anarquistas en el movimiento obrero francés. Giuseppe Prezzolini, un escritor italiano bastante serio, que estudió un tiempo el sindicalismo francés, habla en un libro suyo de Pelloutier como de un héroe del "sindicalismo". Y no olvidemos las bellas palabras que Pietro Gori, el gran orador y poeta anarquista italiano, escribía sobre nuestro desaparecido en un prefacio a la traducción italiana de un opúsculo suyo.

En París y en toda Francia, el nombre de Pelloutier está ligado indisolublemente a la historia del sindicalismo y en la Casa de los sindicatos de la calle Grange-aux-Belles, justamente allí donde los revólveres comunistas fueron descargados sobre nuestros compañeros, hay un salón que ha sido bautizado en otro tiempo con el nombre de Pelloutier.

El nombre del nuestro no es, pues, desconocido; no es raro; pero se podría decir que resurge hoy como un renombre más vivo que nunca precisamente en razón del valor que adquieren y de la actualidad que desencadenan las ideas de que él fue el propagador más devoto y ardiente. Hay en torno a nosotros tanta oscuridad de dogmas políticos que resurgen, hay tanta astucia en los mistificadores y también, digámoslo, tanta ingenuidad en las víctimas, que los hombres que quedaron fieles al sindicalismo obrero hallan en la reivindicación de los gran-

de mantener aparte. Los poquitos liberales descontentos, que aquí y allá quisieran darse todavía un aire de independencia... misiolittiana, no impiden que el Partido como tal esté muerto y sepultado, sofocado por su misma fascistofilia. Tal vez no es malo que esto suceda. Los equívocos es mejor que terminen. Ninguno de nosotros podía desear esta tormenta de reacción, y cada uno de nosotros, pudiéndolo, hubiera tratado de conjurarla, tantos son los daños que ha acarreado en todos los campos, tan fatigosamente cultivados, del progreso civil, para una cosecha humana de mayor libertad y justicia. Pero lo que ha sucedido no se puede ya impedir. Y entonces, si la tormenta, entre tantos males, ha hecho este bien de limpiar el terreno de los detritus del pasado político italiano, no seremos nosotros los que perderemos el tiempo en lamentarnos por ello.

La tarea de hacerlo correspondía al proletariado; y la hubiera hecho, no por cierto con resultados exclusivamente negativos. Pero que la hayan hecho otros (aun que a través de tanto dolor) es un beneficio que objetivamente queda señalado.

Después de una juventud de estudios y de ilusiones democráticas, Pelloutier se trasladó de la provincia a París,

hacia 1892. Tiene 25 años, pues nació en París en 1867.

En París se despertaron en él todas las energías de su temperamento rebelde y de su pensamiento renovador. Ingresó en el socialismo, pero apenas pone los pies en los ambientes políticos del partido, se siente a disgusto. En el congreso nacional socialista de Saint Nazaire se revela ya un hereje. En tanto que los jefes del partido no piensan más que en las elecciones y en los problemas adyacentes, él propone una moción sobre la huelga general. Esta idea fué agitada en la Primera Internacional; pero los partidos socialistas que aparecieron poco a poco después de 1880 hicieron todo lo posible por olvidarla. Pelloutier pasó pronto el socialismo antistatal: se vuelve anarquista. Inicia entonces la lucha en el terreno sindical para revivir el movimiento y crearlo donde no existía, darle una idea directiva e inculcarle las ideas de la huelga general, de la acción directa, de la gestión directa, del rechazo de la política parlamentaria y de la valorización de la política de clase en el sindicato, para desviar a los obreros de las ilusiones de la legislación social, ajustándolos al mismo tiempo en las luchas que realizan en pro de conquistas directas y de beneficios posibles hoy y para combatir los emporramientos inevitables en el régimen actual de opresión. En fin, para encontrar un tipo de institución proletaria apto para desarrollar en la clase obrera la capacidad de un orden social nuevo al margen de las viejas ideas de autoridad y de Estado, de dictadura y de centralización.

Justamente. También entre los nuestros hay a veces quien se deja confundir y cree que se puede aceptar como buena la idea de que el sindicalismo significa el contenido del sindicato, cualquiera que sea la calidad del contenido mismo.

Santa simplicidad!
Pensad tan sólo que los polizontes, los carceleros que se reúnen en sindicato para hacerse pagar mejor del Estado sus infames servicios, se convertirían por eso en... sindicalistas! ¡Los políticos y los mismos sacerdotes han constituido en muchos países agrupaciones obreras para luchar mejor a los trabajadores a los intereses de un grupo de dominadores o a un Estado amarillo o rojo (pero los Estados no son todos rojos... a causa de la sangre negra derramada?) y esto constituiría nada menos que sindicalismo!

Podría decirse entonces que sindicalismo no significa nada y eso equivaldría a obligarnos a no distinguir por consiguiente entre vino y agua o petróleo cuando estos líquidos están contenidos en botellas; no habría que llamarlos sino botellas, de acuerdo a esa teoría.
No es una cuestión de etimología la que se ventila; es una cuestión de claridad de palabras que sirven para precisar ideas, y, si queréis, cuestión de origen histórico de una palabra de la cual se deriva la verdad sobre los orígenes y la naturaleza de un movimiento.

En sus orígenes "sindicalismo" significó precisamente todo lo contrario, sea de los teoremas filosóficos-políticos en uso en las nuevas corrientes políticas (y políticas), como en Italia en la escuela de Labriola y compañía (y no nos levantamos ahora por primera vez contra estos que en gran parte han salido del partido socialista por no hallar en él satisfacción a sus ambiciones electorales), sea del sindicato de partido o de gobierno, o de utilidad corporativa. Coaliciones bastardas, conservadoras y reaccionarias como estas las hubo siempre y se llamaron corporaciones o confraternidades o no importa qué otros nombres, y su acción podía calificarse de filatropía, de mutualista, de protectora, pero no de "acción sindicalista".

De sindicalismo se comenzó a hablar cuando acompañó una idea de reivindicación social al hecho de la movilización proletaria sobre el terreno del sindicato de clase. De sindicalismo se comenzó a hablar cuando se quiso arrancar al proletariado a la tutela de los partidos, a la protección de los filántropos, a las ilusiones del parlamentarismo, a las mantas de la colarabación social, a la esterilidad del corporativismo, a los peligros de la centralización...

Y entonces y sólo entonces se comienza a hablar de sindicalismo. Sacerdotes y patronos, reformistas y parlamentarios, socialrevolucionarios aspirantes también al poder y social-nacionalistas, quién por una razón, quién por otra, todos se declararon rabiosamente antisindicalistas y acusaron al sindicalismo de ser la peor y más infame maquinación infernal contra las ideas de orden, de jerarquía y de paz social.

Es entonces cuando el nombre de Pelloutier brilla en Francia y se hace conocer en el mundo obrero y en los congresos internacionales.

hacia 1892. Tiene 25 años, pues nació en París en 1867.

En París se despertaron en él todas las energías de su temperamento rebelde y de su pensamiento renovador. Ingresó en el socialismo, pero apenas pone los pies en los ambientes políticos del partido, se siente a disgusto. En el congreso nacional socialista de Saint Nazaire se revela ya un hereje. En tanto que los jefes del partido no piensan más que en las elecciones y en los problemas adyacentes, él propone una moción sobre la huelga general. Esta idea fué agitada en la Primera Internacional; pero los partidos socialistas que aparecieron poco a poco después de 1880 hicieron todo lo posible por olvidarla. Pelloutier pasó pronto el socialismo antistatal: se vuelve anarquista. Inicia entonces la lucha en el terreno sindical para revivir el movimiento y crearlo donde no existía, darle una idea directiva e inculcarle las ideas de la huelga general, de la acción directa, de la gestión directa, del rechazo de la política parlamentaria y de la valorización de la política de clase en el sindicato, para desviar a los obreros de las ilusiones de la legislación social, ajustándolos al mismo tiempo en las luchas que realizan en pro de conquistas directas y de beneficios posibles hoy y para combatir los emporramientos inevitables en el régimen actual de opresión. En fin, para encontrar un tipo de institución proletaria apto para desarrollar en la clase obrera la capacidad de un orden social nuevo al margen de las viejas ideas de autoridad y de Estado, de dictadura y de centralización.

La idea que se forma de la *Bourse du Travail* y la idea de una comuna libre y federada con las otras comunas es algo así como la idea de un soviyet en el sentido verdadero y no estatal ni comunista de la palabra. La doctrina de Proudhon, que había dejado en Francia tantos buenos gérmenes, se integra en él con el "idealismo bakuniniano". El proletariado comprende pronto al hombre que sabe indicarle el buen camino. Pelloutier vive así una decena de años de vida febril, exasperante, de luchas que trastornan toda la política de los parlamentaristas en el movimiento obrero. Esto, nada más que esto, es el sindicalismo al cual se llama revolucionario precisamente porque revolucionaria es una acción que tiende a dar a una clase oprimida una fuerza autónoma de emancipación; no para gobernar a otras, sino para no ser gobernada y para no gobernar, para realizar una sociedad de productores libres.

La Federación de las *Bourses du Travail* de Francia fué creación de Pelloutier. Vivió demasiado poco pero luchó bastante y bien. Desde niño Pelloutier había contraído la tuberculosis en el pulmón donde había estado recluido para hacer sus primeros estudios. Es su hermano Mauricio el que cuenta estos detalles en su libro sobre el desaparecido. Pelloutier estaba, pues, condenado a una vida breve; pero la aprovechó ciertamente.

Cosas de todos los días

Un chofer "pobre, pero honrado" —

En los diarios grandes y con títulos grandes, aparece la noticia de un chofer que, encontrándose una mañana con algunas alhajas, le devolvió a su dueño. He aquí un individuo "pobre, pero honrado". (Nada más lógico que si es honrado tenga que ser pobre; lo lógico sería que hubiese alguien "rico, pero honrado".) Pobre! ¿o es, si; basta saber que trabaja. ¡Honrado? Todavía no lo calificamos como tal, para ello es preciso averiguar esto: ¿Aceptó gratificación por su "acto de honradez"? Si la aceptó, no es honrado, y sin atenuantes. Fatalmente, se viene a la memoria aquel admirable y terrible cuento de Barret: Un pobrete encontró una cartera con 2230 pesos y la llevó a su dueño, un rico. Este no sólo no le dio propina, según el pobrete lo esperaba, sino que se burló de él; y acabó tirando al fuego esa 2230 pesos que representaban "la salud de su mujer y la alegría de sus niños". Los tiró porque le sobaban; y al

le en el decenio de 1891 a 1901, año de su muerte.

Nos dejó algunos libros de valor: *"La vie ouvrière en France"*, la *Fédération des Ouvriers de Travail en France*. Este último libro sobre todo debería ser conocido por los compañeros y los militantes de todos los países. También *"Le Livre de la lutte"*, fundado y dirigido por Pelloutier; es una buena colección de cosas útiles. Pelloutier aparece en el congreso socialista internacional de Londres (1896), donde realiza una lucha firme contra los parlamentarios; al lado de Maïnstaed, de Luisa Michel, de Pedro Gori, de Landauer, de Domela Nieuwenhuis y de otros de tendencia antipolítica. En efecto, fué en la sección francesa del congreso mismo donde los políticos sufrieron el golpe más decisivo. A pesar de la persecución de los grandes magnates de la socialdemocracia de Francia, entre los que estaba el actual presidente de la república, Millerand, la mayoría de la sección francesa se pronunció contra la expulsión que los senadores electorales y contra su secretariado. Sería curioso, reproducir de los periódicos de la época que he podido conseguir someramente, estos días las comentarios que promovió en Francia la derrota infligida en Londres a los magnates de la socialdemocracia.

Muchos fueron los méritos de nuestro Pelloutier en el desarrollo de nuestra concepción sindicalista, y se puede también decir que su muerte prematura influyó no poco en el rumbo que tomó después el sindicalismo en Francia, el cual con la constitución de la C. G. T. a base centralizada, entró en una dirección pelerosa, y se volvió pasado, desengañando en sí los gérmenes de aquella adaptación a las circunstancias que lo mantuvo siempre lejos de las inclivencias del sindicalismo internacional. (En 1918, los franceses no quisieron intervenir en nuestro congreso de Londres por temor a... desagraviar a su Internacional sindical, dirigida por Liegein, Sassebeck, y otros) y lo hizo renadir a los acontecimientos de 1914, mientras los sindicalistas de todos los demás países quedaban en su puesto.

Las ideas de Pelloutier fueron traicionadas entonces y olvidadas, y pareció a muchos significativo que en el pro de los salmudistas de la bella guerra constituyese una excepción la voz de Jorge Ivetot, aquel que fué compañero del de trabajo de Pelloutier y que había quedado como su sucesor en la Federación de las Bourses del Trabajo de Francia.

El nombre de Pelloutier permanece hoy al sindicalismo revolucionario mundial agrupado en la C. I. O. La presencia de Pelloutier en la historia del movimiento internacional ha hecho bien en servir a sus organizaciones a celebrar la memoria de este precursor que parece indicarnos como un faro, el buen camino.

Luigia Fabbrì

dos, tan serviles que devuelven a sus explotadores parte de su explotación para recibir de ellos una propina; es capaz de convertirse en hombre y cerrar los dos puños de desesperación y llenarlo de anillos de odio la garganta. No, la señora rica no habrá sido tan poco hábil; y habiéndolo la limosna que el chofer se ganara con su facto de honradez? y así este pobre honrado? ¿un honrado que recibe limosna? ¿seguirá siendo lo que era: un muñeco servil, sin descontento a pesar de su pobreza; es decir, una cosa que realiza sus funciones fisiológicas y trabaja; todo bajo el armazón de un ser humano. Porque, ¿es hombre quien devuelve un pan, a fin de que se le arroje un mendrugo; y de las gracias?

Y esto no es predicar a los pobres que se queden con "lo ajeno". Si su conciencia le decía que devolviese esas alhajas, este chofer bien podía haberlas devuelto tan sólo con "lo que quedara con ellas. Bastábale llegarse hasta la primera cloaca y arrojar dentro los veinte mil pesos en joyas. ¿Mas para qué prestarle a la fama de honradez y devolver esas joyas, que paré el sería una fortuna, a cambio de la limosna más infamante: la de la propina? Esto si aceptó la gratificación; y si no lo aceptó? Siempre quedaríamos en que este pobre, cuyo acto revela falta de descontento, ignoraba que, al devolver las joyas a esa "señora rica" no las devolvía a su dueño de verdad, sino al que los sistemas legalizados de la explotación capitalista consideran como tal, pero que no lo es. Ese pobre cuya conciencia le decía que era malo quedarse con eso que él había encontrado, bien podría haberlo más atentamente a su conciencia; y ésta le habría dicho: Vete al conventillo más hediondo, y reparte esas joyas entre sus habitantes más enfermos y miserables. ¿Ingo vuelve tranquilo; y ahora si podrás tener la certeza de que has devuelto esa fortuna a sus verdaderos dueños.

Mas estos pobres honrados — honrados ante el Código de sus explotadores — no tienen espíritu de solidaridad de clase, no sienten la trágica hermandad de la miseria.

Un doctor de 18 años

Un niño de 18 años, acaba de obtener el título de médico en nuestra Universidad. Calculemos: seis años de estudios primarios, cinco de secundarios y seis de Facultad; representan 17 años de estudios. Este médico de 18 años; comenzó a estudiar al año de edad? No. Luego el "fenómeno" resulta del apresuramiento con que habrá dado materia sobre materia en el Colegio Nacional y en la Facultad. ¿Y quien hace sus estudios así, lo hace bien? ¿Apresurarse, es ahondar, por si acaso? En un estudiante, qué es lo digno de alabanza, el que estudie mucho en poca tiempo, necesariamente de un modo superficial, o el que estudie mucho en mucho tiempo, intensificando? Revistas y periódicos de todo el país se han desahogado en elogios para este médico de 18 años. El "caso" les merece el nombre de "prodigio", aunque sólo es "curiosidad" de las tantas que se exhiben diariamente para desaburrir papasutas. El "caso" no merece los elogios que se le han hecho. Estas cosas, como un niño con tres cabezas, nada más. Merece nuestra atención y nuestra comedia de un instante pero a sólo título de "curiosidad". Sin embargo, así, no lo he entendido la generalidad de los plumistas de la prensa grande, y se lo elogia hasta el día de hoy. ¿Qué se elogia en él? Bien, el apresuramiento; la cantidad de trabajo en el menor tiempo, imposible de merecer elogios cosas tan sin consecuencias. No, si consideramos a cada hombre como un eslabón de la cadena humana y cuya vida debe valorarse por la suma y calidad de labor que dé para el bien de todos. Mas como así no se considera a cada hombre en la actual sociedad capitalista personalista, no pienso que sea niño de 18 años, que lo sea, con su estudio tan sólo para beneficiarlo a sí mismo, sino a los demás, que pronto se olvidan, el que le da una educación de prestigio, que es el título de la mayoría de los plumistas en esta sociedad capitalista personalista; enriquecerse en el mejor tiempo posible.

En una sociedad constituida sobre el principio de la fraternidad humana, es decir, sobre el principio de que cada hombre dé el mayor bien posible de que sea capaz, no importa en qué tiempo; sea niño, doctor a los 18 años, poco importa, porque al recibirse saltando años, no indica fuerza de asimilación ni vigor de razonamiento; y si tan sólo número, cifra de horas acumuladas voluntariamente, pacientemente sobre el libro y robadas a una edad en que se debieran pasar al aire libre creando músculos y sangre, al aire libre, riendo y amando. Qué lamentable aspecto de constunción y anemia tiene este médico de 18 años! Tiene cara de víctima, no de triunfador, aunque suponga que es un triunfador los muchos que aseguran que él ya "ha llegado".

En esta sociedad capitalista personalista el objeto es "llegar". Pero qué es "llegar"? Esto nadie lo podrá definir. Por ejemplo, para los personalistas, "ha llegado" este niño doctor a los 18 años — y vaya a saber a costa de qué energías escamoteadas a su futuro y al de la comunidad: ¿no es lo grave! — "Llegó" también el político feón que a los 40 años es ministro. ¿Eso es "llegar"? Para los no personalistas, para los que creen que "llegar" no es enriquecerse o acumular honores transitorios, sino dar de sí el sumo de trabajo para bien de los demás, no sólo de sí mismo; "llegó" Kant, por ejemplo, el que, pacientemente, día por día, a lo buéy que era, construyó una obra intensa por la honra del pensamiento. Y "llegó" Carrière, el pintor, negado y pobre durante toda su juventud, pero tenaz y consecuente con la verdad estética que le brotaba de sí mismo, y sólo aceptado en su madurez por los demás, para quienes había dejado algunas obras maestras, realizadas en la miseria a la que esos "demás" lo condenaron con su incomprensión. Esto si es "llegar"; pero decir que un hombre "llegó" porque a los 40 años, roñoso de indignidades, un ex ministro o porque otro hombre a los 30 años, después de cometer mil y una inhumanidades, se enriquece o porque un niño de 18 años, sacrificó su juventud sobre los estudios y mentirosos libros, textos de cultura oficial, y se doctoró; es decir, una simpleza. Esto, es premiar el apresuramiento y exhibirle que se lo premia en esta sociedad donde todo es premura, ansia de llegar. ¿De llegar a qué, a dónde? Esto no se lo pregunta nadie a sí mismo; aguarda a que los demás, llenados de honores y de dinero; le indiquen que "ya llegó". Como? Tampoco nadie se pregunta esto. El objeto es llegar, ser rico y admirado por el público, que da riquezas y honores, porque sólo busca honores y riquezas. El fin es ser rico y admirado, aunque para conseguir ambas cosas haya habido que robar a sus propios padres o que dejar tirada en la letrina de cualquier comité político su propia conciencia.

Y ante este niño doctor, tan agasado, no sé por qué, puesto en Fábry, el gran entomólogo, el que se pasara 40 años en el anónimo, observando y deduciendo de lo observado, para escribir una obra inmensa en la que dice a los demás hombres, sus hermanos, verdades por él desentrañadas, misterios de la vida, de los insectos, no vistos por nadie ante que él. Y esto si es llegar. Y conste que Fabre vivió olvidado y murió pobre.

Alvaro Junque

Abril, 1924 — Ba. Aires.

(1) La Cartera — Cuentos Breves, por Rafael Barrett.

Por qué me matas!
 ¿Y qué? ¿no vives acaso del otro lado del agua? Amigo mío, si vivieras de este lado, cometería un asesinato y sería injusto matarte así; pero viviendo del otro lado, soy un valiente y tu muerte es justa.

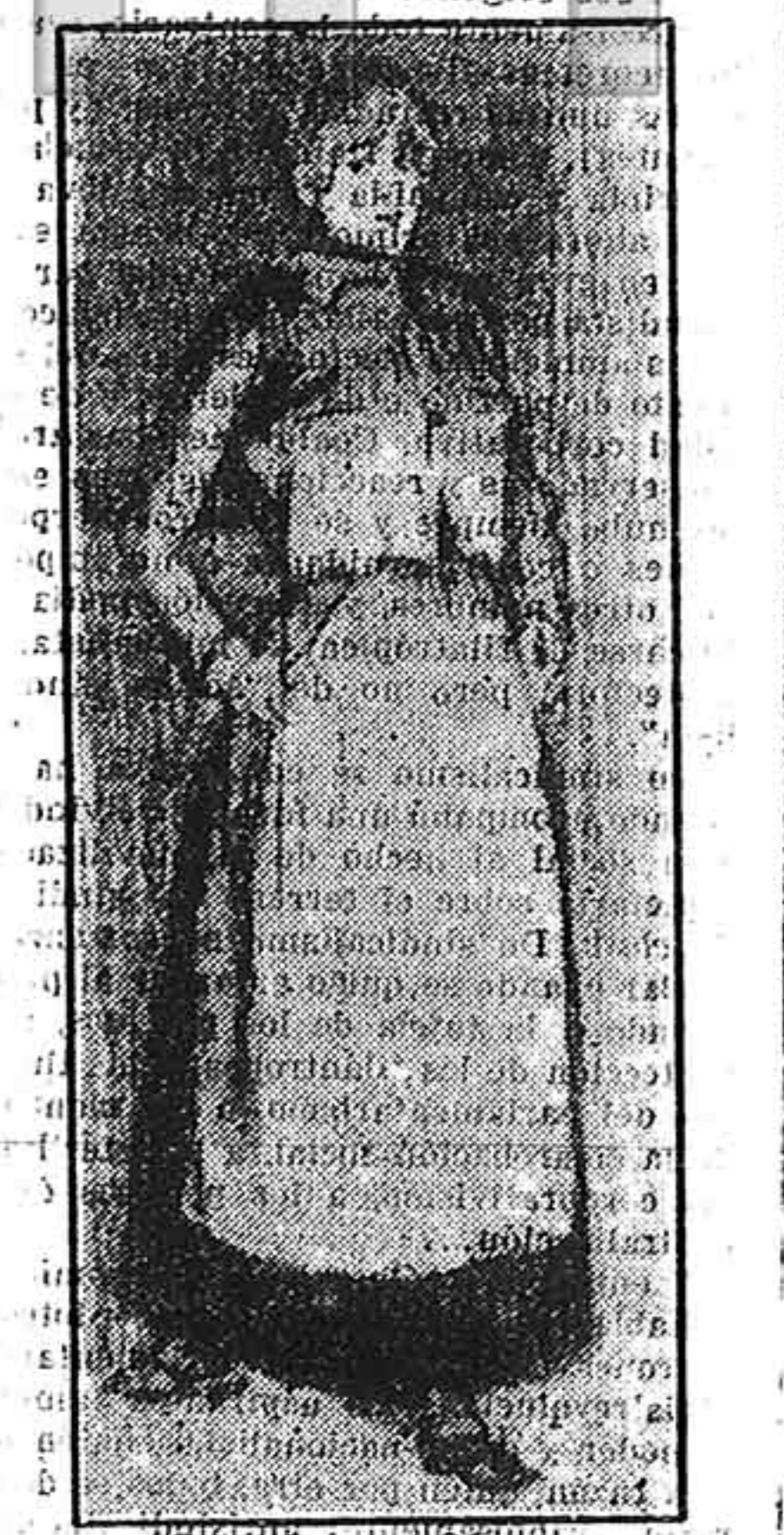
PASCAL—

Eugenio Carrière y el Salón de Otoño

(Conclusión)

Reflexionando, yo no hubiese debido asombrarme de un rechazo que en el momento me había fuertemente impresionado. En esta circunstancia el maestro se mostraba lógico consigo mismo, conservando rigida la línea recta de conducta de la cual nunca se había apartado. Y recuerdo un hecho, sucedido algunos años antes, en el que se había demostrado también intrínseco. Mi primo Schnerlo, cuyo hijo Jacques, pintor del más brillante porvenir, fué muerto en el frente durante esta inmundicia y estúpida guerra, que adoraba a Carrière, me comunicó, en una reunión de amigos, que por sus insistentes consejos, la mujer de uno de sus colegas del Consejo de Estado, se había decidido a encargarse su retrato al autor de las litografías de Verlaine y de Goncourt, de las cuales había hablado la prensa con elogio. El precio propuesto era elevado, y él encargó, hecho en un medio rico y slob, debía verosísimamente traerle otros. Encantado de llevarle una buena nueva, me fui a lo de Carrière que, recibiendo con su cordialidad acostumbrada, me escuchó fríamente y confesó que no se sentía para nada dispuesto a ejecutar el retrato de una mujer elegante. Por desgracia, él estaba en tren de estudio de caballos, y no veía la posibilidad de interrumpir, sin transición, sus observaciones diarias para lanzarse en un género de trabajo tan diferente a sus preocupaciones estéticas actuales; no, verdaderamente él no podía hacer nada bueno.

No aceptando una argucia tan sutil, traté de convencerlo, pero en vano; ni siquiera pude hacerle decir, por lo menos, para qué le servían sus estudios de caballos, que me intrigaban bastante, pues recordaba que, antes de ponerse para el Teatro de Belleville, había ido a pasar varias semanas a orillas del mar, deseoso de asimilar el movimiento rítmico de las olas, que se asemejan, tanto, afirmaba, al arabesco de las muchedumbres.



Steinlein.—Obrera

Preocupaciones de ese orden absorben demasiado para que diera importancia alguna a las cosas materiales y para que deseara un lujo que no lo atraía, y sin embargo sus horas estaban contadas y hubiese sido muy natural que pensara en el bienestar propio y de los suyos. Los temores que sentíamos por nuestra amigo no tardaron en cambiarse en certidumbre. Carrière estaba atacado de

un cáncer a la garganta. Una primera operación abrió un plazo de algunos meses al martirio al que asistíamos desesperados; una segunda intervención quirúrgica no hizo sino prolongar la agonía del desdichado, pero eliminándolo en cierta manera del mundo de los vivos, pues no podía ya hablar y no respiraba sino por medio de una cánula de plata. Hasta el último momento conservó una serenidad impresionante. Cuando yo iba a verlo me respondía por escrito, expresándose con una tranquilidad desconcertante, uniendo en su penosa conversación reflexiones filosóficas, apreciaciones artísticas, observaciones siempre originales, bromas cuya causticidad iluminaba a veces con una sonrisa su pobre cara destruida por el sufrimiento.

En una de mis visitas, encontré un día a dos jóvenes rufiánas a su lado. A su pedido, una de ellas se sentó en el piano y la otra se puso a ejecutar una danza nacional, una danza lenta, grave, hierática, de un admirable carácter. La danzante, que no era de la profesión y que con su traje de ciudad conservaba una especie de gracia pública y reserva deliciosa, evolucionaba en un modesto comedor, un comedor banal, frío, casi pobre, y desde su lechib de dolor el maestro, por la puerta abierta, miraba con los ojos fijos, iluminados, y no pudiendo hablar, expresaba su emoción con movimientos de manos más expresivos que las frases. El crepusculo caía, y con el corazón oprimido por una tristeza infinita, esta joven de negro cuya echarpe de duelo no rozaba a veces el rostro, simbolizaba la intrusa que se había deslizado cautelosamente en la casa y hacía seña a nuestro amigo de seguir. La mujer y los niños de Carrière se mantenían de pie inmóviles y silenciosos, respetando una de las últimas alegrías que el arte en un momento de su preta piedad, aportaba al martirio.

Mi amigo no se hacía ninguna ilusión sobre su estado; se sabía perdido y, estólido, esperaba la muerte sin miedo y sin vanas esperanzas.

El primer día del año en que terminó esa vida tan noble, fui a abrazar a Carrière, y diciéndole algunos augurios de circunstancia, oculté malamente mi pesar bajo demostraciones de confianza que no naban atrozmente a falso. El agonizante me escuchó sin interrumpirme, pero, cuando hubo terminado, bonitamente me conzeras, sobre el anotador que tenía a mano, "dibujó un árbol y fue aléctico el lúgubre croquis estrechándose la mano."

Recordando a Juan Jacobo Rousseau, cuya heroica sinceridad me inspira una especie de veneración — "es tan pura la franqueza!" — es preciso que me resigno a una confesión que creo necesaria para explicar algunos de mis actos y los que sería fácil criticar su ilogismo. Con esa violencia nerviosa que a veces lamento "dibujó un árbol y fue aléctico el lúgubre croquis estrechándose la mano."

Recordando a Juan Jacobo Rousseau, cuya heroica sinceridad me inspira una especie de veneración — "es tan pura la franqueza!" — es preciso que me resigno a una confesión que creo necesaria para explicar algunos de mis actos y los que sería fácil criticar su ilogismo. Con esa violencia nerviosa que a veces lamento "dibujó un árbol y fue aléctico el lúgubre croquis estrechándose la mano."

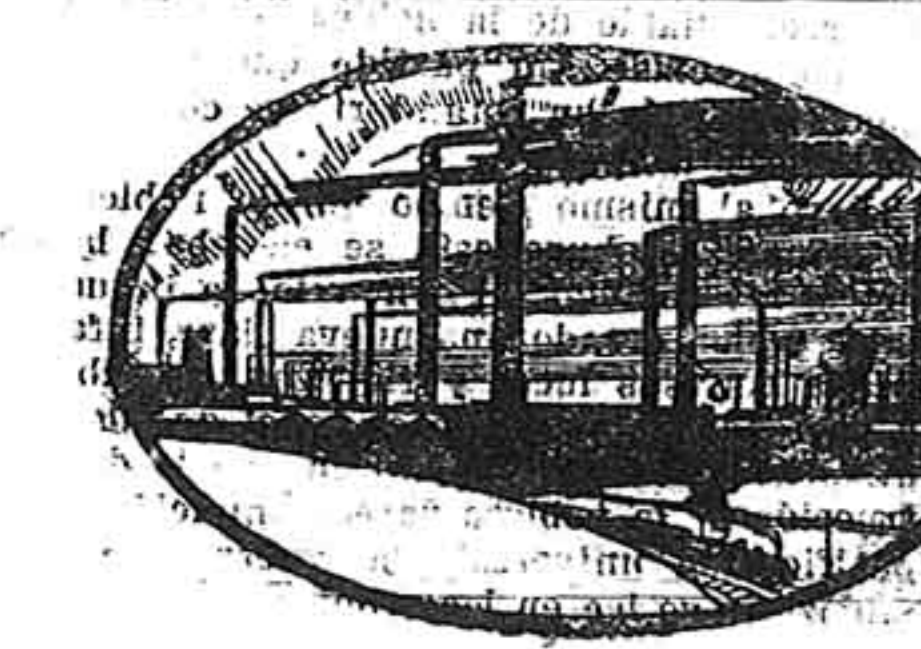
ciertas circunstancias, me parecen múltiples y confusas. El hada mala que presidió a mi bautismo me ha dotado de una combatividad ciega, que me impulsa a buscar la batalla, a ir ante los golpes y a chocar instintivamente contra molinos de viento que me han recientemente roto los huesos. La tentación de atacar solo contra todos o de tomar la honda contra Gollat, posee para mí atracciones irresistibles, tentación que, en verdad, está quizá mezclada con la vanidad informula de triunfar de dificultades que otros no hubieran podido vencer. Pero el móvil más poderoso que derrumba en mí resoluciones juzgadas inquebrantables, es, yo creo, el deseo de aportar un poco de dicha a los que yo amo y admiro. Hay en esto una especie de fascinación embriagadora a la cual no trato de resistir.

Se excusará, en consecuencia, la idea que tuve de reclamar del ministro la colata de comendador para el que iba a morir. Esperaba que esa medida de justicia llevaría un poco de dulzura al artista, que, yo lo sabía, estaba herido por la hostilidad prolongada del Gobierno a su respecto. Me gasté en súplicas humillantes y visitas fastidiosas al ministerio, donde se hesita, se dan rodeos, se me engaña y al fin se me esconden. Sin embargo, Dujardin-Beaumetz, cuyos ridículos han sido muy exagerados, era un buen hombre lleno de excelentes intenciones y mucho más abierto de lo que se supone al movimiento moderno. Pero era cécil, indeciso e incapaz de secudir el yugo del ambiente deplorable que lo rodeaba. Esa corbata roja, según me afirmaron, había sido prometida a Dawaut o a otra personalidad eminente de los Artistas Francéses de la cual me es imposible recordar el nombre, y que ha desaparecido sin dejar siquiera su sombra sobre el muro. El Estado acostumbra semejantes errores, y es preciso estar dotado de una colossal ingenuidad para asombrarse de acciones que le son habituales. Hice tres años, sin la energía intervención de M. d'Estournelles de Constant, que arriesgó su carrera, exigiendo una designación que debería haber sido hecha hace tiempo, yo no hubiera obtenido nunca la cruz de comendador para Renoir, nombrado anteriormente oficial por el ministro de Comercio — el hecho es demasiado conocido para no decirlo — para Renoir, una de las glorias artísticas más pias del siglo XIX, para Renoir, que recibió a los 78 años y algunos meses antes de su muerte, ese favor casi pueril para un maestro de su temple.

Es cierto que ni Daumier, ni Sisley, ni Pizarro, ni Degas, ni Toulouse Lautrec, ni Monet, ni muchos otros fueron gratificados con la menor cinta, distribuidas a troche y moche a innumerables fracasados cuyas obras son la risa de la Europa civilizada.

Dejando la muerte de Jerome una vacante de profesor en la Escuela de Bellas Artes, mi amigo, sin la menor recomendación, encontró divertido presentar su candidatura, acompañando simplemente su pedido con la fe de nacimiento y otro documento exigido en la nota del Diario Oficial. Me confesó que eso no había sido sino una broma de taller, pues sabía demasiado el resultado de su pedido. El Consejo Superior de la Enseñanza de la calle Bonaparte — formado puramente por artistas, no lo olvidemos — rechazó la solicitud por unanimidad, menos tres votos, entre los cuales el de Marcel, el director de Bellas Artes en esa época.

Ahora bien, los que han seguido las lecciones de Carrière saben que ese hombre era un maravilloso, un excepcional educador. Ciertamente, él se ocupaba poco de rectificar el largo de una nariz, de acentuar una rótula, de alijar un biceps, pero insuflaba a sus auditores la



pasión por el arte, explicaba en términos admirables cómo se había de interpretar a la naturaleza, indicaba los lazos armónicos que ligan los seres al ambiente, al medio, al paisaje, al cielo, a los árboles, traducía el emocionante misterio de las cosas, llenaba de nobleza las más humildes actitudes, revelaba la irradiación del espíritu a través de la materia, se mostraba orador, poeta, filósofo, moralista, e inculcaba en los jóvenes corazones el cariño por la vida. Y a ese maestro incomparable, a ese poeta antorcha posiblemente único, al que deshechosamente se ha cerrado la boca, fué a ese sembra-

dor de luz a quien se la paralizaron estupidamente los brazos. ¿Qué consuelo! Carrière duerme bajo las flores, allá abajo, en el cementerio de Mont-Parnasse, rodeado del afecto, de la admiración y de la veneración de sus amigos y discípulos, de todos los que reciben de sus obras un consuelo, una enseñanza, una alegría. Su gloria no está atenuada en lo más mínimo por las indignidades cometidas contra él, y es a los que pasaron a su lado sin comprenderlo y hasta sin conocerlo que es necesario compadecer.

FRANTZ JOURDAIN



EMILE BERNARD — Ahoçados (litografía)

NEKRASOF

La obra del poeta Nekrasof ha sido objeto de una viva controversia en Rusia. Nació en 1821; era su padre un oficial pobre del ejército, que se había casado por amor con una poeta. Esta debió haber poseído eminentes cualidades, pues en sus poesías Nekrasof habla de la madre, siempre con las palabras del más profundo amor y respeto, lo que no se encuentra en ningún otro poeta. Sin embargo, su madre murió muy joven, y la gran familia, compuesta de trece hijos, debió pasar por momentos de verdadero embarraso. Nicolás Nekrasof, el futuro poeta, apenas había cumplido diez y seis años, cuando abandonó la ciudad de provincia donde vivía su familia y se asentó en Petersburgo, con el objeto de frecuentar la facultad de filología en el Universidad. La mayor parte de los estudiantes rusos viven muy pobremente, especialmente de familias, algún puesto de institutor, mal retribuido, pero en el que, sin embargo, tienen alojamiento y lo necesario para la subsistencia. Nekrasof

atravesó simplemente la más espantosa miseria. Durante tres años, enteros — escribió más tarde — he sufrido hambre todos los días. Ocurría, a menudo, que yendo a uno de los grandes restaurants, donde pueden leerse los diarios, aún sin pedir nada para comer, mientras lefa trataba de aproximarme al plato del pan, y comerme algún trozo, y esto era mi único alimento". Finalmente enfermó, y cuando comenzaba a restablecerse, una fría noche de noviembre, el viejo soldado que le alquilaba un miserable zaguami, negó la entrada al cuartocho. De este modo Nekrasof hubiese pasado la noche al raso, si un mendigo, que pasaba en aquel momento, no se hubiese apiadado de él, llevándolo consigo a un antro, en los suburbios, donde el joven poeta ganó además algunos centavos cobijándose, una súplica para uno de los coquillinos. Esta fué la juventud de Nekrasof. Empero, durante este período tuvo ocasión de trabajar conocidamente con las clases más pobres y más humildes de Petersburgo y el amor que junto a ellos sintió

durante esta peregrinación perduró en él toda su vida. Gradualmente, con un trabajo infatigable y con la publicación de una especie de almanaque, consiguió mejorar sus propias condiciones materiales. Llegó a ser colaborador fijo de la principal revista de aquella época, en la que escribieron Turguenev, Dostolevski y Herzog, y todos los mejores escritores de aquel entonces, y en 1846 se hizo directamente escritor. "El Contemporáneo" tuvo muy pronto como colaboradores las principales fuerzas intelectuales de Rusia y representó una parte asaz importante en la vida rusa de los quince años siguientes. En "El Contemporáneo" del género posterior al 60 se relacionó y trabajó amistad con dos hombres notables, Tchertchewski y Dobroliubov, y durante este período escribió sus mejores versos. En 1875 cayó gravemente enfermo y los dos años siguientes su vida fué simple mente una agonía. Murió en diciembre de 1877 y millares de personas, especialmente estudiantes universitarios, acompañaron su féretro.

Sobre su tumba comenzó aquella apasionada discusión, a la que aún no se ha puesto término, sobre los méritos de Nekrasof como poeta. Hablando sobre su tumba, Dostolevski colocó a Nekrasof junto a Pusckin y a Lermontof ("For encima de Pusckin y de Lermontof" — exclamó un joven entusiasta detrás de la muchedumbre) y la cuestión: "¿Es Nekrasof tan gran poeta como Pusckin y Lermontof?" desde entonces, no ha cesado de ser discutida.

La poesía de Nekrasof ha representado en mi juventud, en mi desarrollo espiritual, una parte tan importante que no oso abandonarme a mi propia opinión y me limito, por consiguiente, para aprobarla y confirmarla en cierto modo a cotejarla con las opiniones de los críticos rusos Arsenief, Shalichevsky y Vengherof (autor de un gran diccionario biográfico de los escritores rusos).

Cuando entramos en el período de la adolescencia, de los diez y seis a los veintidos, no encontramos palabras para expresar las aspiraciones y las ideas elevadas que comienzan a despertarse en nuestro espíritu. No basta poseer estos anhelos; tenemos necesidad de palabras para expresarlos. Algunos los encuentran en las plegarias que escuchan en la iglesia; otros — y yo pertenezco a estos últimos — no se satisfacen con esta expresión de sus sentimientos; sería para ellos demasiado vaga y buscan algo nuevo para expresar con palabras más precisas la creciente simpatía por la humanidad y las cuestiones filosóficas de la vida y del universo que alberza su espíritu. Ellos buscan ayuda en la poesía. Las palabras que busca el corazón para poder expresar sus sentimientos, me fueron otorgadas, de una parte por Goethe con su filosofía, y de la otra por Nekrasof con su expresión precisa. Empero, esto es sólo una concepción personal. La cuestión es si Nekrasof puede verdaderamente como gran poeta ser colocado junto a Pusckin y a Lermontof. Algunos rechazan decididamente, sin más ni más, este parangón. No era un poeta, dicen — porque ante sus ojos tuvo siempre un fin determinado. Mas este argumento, empleado por los "estetas puros", es visiblemente falso; también Shelley siguió una tendencia determinada, lo que no le impidió ser un gran poeta. Todo gran poeta persigue una intención precisa en la mayor parte de sus poesías y la cuestión reside solamente en comprobar si él ha o no hallado una bella forma para expresar esta mira. El poeta que lograse unir una forma realmente bella, esto es, imágenes expresivas y versos sonoros, con un fin elevado, será un gran poeta.

Ahora bien, leyendo a Nekrasof se nota claramente que el sintió cierta dificultad al escribir sus versos. En sus poesías no se encuentra nada que recuerde la facilidad con que Pusckin empleaba las formas de la versificación para expresar sus pensamientos ni es posible compararlo a la armonía musical del verso de Lermontof o de A. K. Tolstoy. Aún en sus mejores poesías hay versos que suenan desagradablemente al oído con su forma dura y sin gracia; mas se nota que estos mismos versos sin éxito, con un cambio de pocas palabras podrían ser mejorados, sin que fuese comprometida la belleza de las imágenes, en las que están

expresados los sentimientos. Es indudable que Nekrasof no posee un completo dominio de la palabra y de la rima; no obstante no se encuentra en él una sola imagen poética que no esté de acuerdo con la idea total de la poesía, o que para un lector disuene o no sea hermosa, mientras en alguna de sus poesías un elevado grado de inspiración poética está ciertamente ligada a una gran belleza de forma. Es menester no olvidar que los "Yambos" de Barbier y los "Castigos" de Victor Hugo se resienten en cuanto a la forma en alguna que otra parte.

Nekrasof era un escritor extraordinariamente desigual, sin embargo uno de los mencionados críticos ha notado que aún en una de sus poesías menos poética — la que describe en malos versos la imprenta de un diario — tiene en ellas cuando trata de los sufrimientos de los obreros, doce versos que resaltan en cuanto a belleza de imágenes poéticas y melodía, unidas a la fuerza interior, la que halla pocos equivalentes en la literatura rusa.

Cuando juzgamos a un poeta, encontramos algo general en su poesía que amamos ante lo cual pasamos indiferente, y reducir la crítica literaria exclusivamente al análisis de la belleza de los versos del poeta o a la relación entre "idea y forma" significa disminuir inmensamente su valor. Todos reconocerán que Tennyson posee una maravillosa belleza de forma y sin embargo no puede ser considerado superior a Shelley, por la simple razón que el contenido general de la idea de este último superaba al de Tennyson. Es sobre el contenido general de su poesía donde está basada la superioridad de Nekrasof.

Tenemos en Rusia — observa S. Vengherof — muchos poetas que escribieron sobre asuntos conocidos o sobre los deberes de los ciudadanos, como Plescheief y Minaief — los que alguna vez, desde el punto de vista de la versificación, logran una belleza de forma superior a la de Nekrasof. Pero en todo lo que escribió Nekrasof hay una fuerza que no se encuentra en estos dos poetas, y esta fuerza la sugieren las imágenes, que son justamente consideradas lo más precioso de la poesía rusa. Nekrasof llamaba a su musa: "La Musa de la venganza y de la melancolía", y esto no es cierto. Nekrasof era pesimista, pero su pesimismo tenía un carácter original. Si bien sus poesías contienen muchos cuadros que angustian, representando la miseria de las masas rusas, no obstante, la impresión fundamental que dejan en el lector es un sentimiento edificante. El poeta no inclina la cabeza frente a la tristeza de la realidad; combate contra ella y está seguro de la victoria. La lectura de Nekrasof despierta el descontento, que trata con algo el germen de rebeldía.

La masa del pueblo, los aldeanos y sus sufrimientos, son los temas principales de nuestro poeta. Su amor por el pueblo pasa a través de sus obras como un hilo rojo; permaneció fiel a él toda su vida. En sus años juveniles este amor impidió que malgastase su talento en aquella especie de vida que llevaban tantos de sus contemporáneos; más tarde lo inspiró en su lucha contra la servidumbre de la gleba; y cuando esta servidumbre fue abolida, no consideró terminada su obra, como hicieron muchos de sus amigos: se hizo el poeta de las masas obreras y oprimidas por el yugo político y económico. Escribe:

"Vosotros, cuya vida es fiesta y palabra; — Vosotros, cuyas manos están manchadas de sangre, — Conducidme al campo de los — Que perecen por la causa del amor".

Hacia el fin de su vida no dijo: "Bien, hice lo que pude"; hasta en sus últimos instantes sus poesías son un continuo lamento por no haber podido combatir bastante. Escribe: "La lucha por la existencia impidióme llegar a ser un poeta y mis cantos impidieronme hacerme un luchador"; y aún: "Sólo el que haya servido a los fines de su época y dedicado toda su vida a la lucha por los hombres, sus hermanos, sólo este vivirá más allá de su muerte".

Una que otra vez nos ofrece un verso de desesperación, pero no es frecuente. Su aldeano ruso no es un hombre que sólo vierte lágrimas. Es un trabajador se-

reno, unas veces ruidoso y otras inmensamente alegre. Es raro que Nekrasof idealice al aldeano: la mayor parte de las veces lo toma tal como es, en su misma vida; y la fe del poeta en las fuerzas de este aldeano ruso es profunda y vigorosa. "Un poco más de libertad para respirar — dice — y Rusia mostrará que tiene hombres y porvenir". Es esta una idea que repite frecuentemente en su poesía.

La mejor poesía de Nekrasof es *Primariz-roja*. Es la apoteosis de la aldeana rusa. En sí, la poesía no tiene nada de sentimental. Por el contrario, está escrita en una especie de elevado estilo épico, en la segunda parte, cuando intenso frío atraviesa el bosque y la aldeana, helándose, poco a poco muere, mientras desfilan ante sus pupilas las imágenes magníficas de su pasada felicidad — todo esto es maravilloso, aun desde el punto de vista del más estético de los críticos, porque ha sido escrito en buenos versos y presentado con una sucesión de hermosos cuadros e imágenes. *Los muchachos de los aldeanos* es un encantador idilio de aldea. La "Musa de la venganza y de la melancolía" — como dice uno de nuestros críticos — deviene maravillosamente cariñosa y gentil en cuanto habla de mujeres y de niños. En realidad, ningún poeta ruso ha hecho tanto por la apoteosis de la mujer, y especialmente de la mujer-madre, como este poeta de la venganza y de la melancolía al que se le creyó un inhumano. En cuanto Nekrasof comienza a hablar de una madre, deviene verdaderamente grande; y las estrofas que dedicó a su madre, una mujer que vive como perdida en la casa de un propietario, entre gente cuyo único pensamien-

to se reduce a cazar y a beber y maltratar a sus siervos — estas estrofas son verdaderamente perlas en la poesía de todas las naciones.

Su poesía dedicada a los desterrados en Siberia y a las mujeres rusas — es decir a las compañeras de los decembristas — en el destierro, es excelente y contiene estrofas maravillosamente hermosas; empero, no supera a sus poemitas que tratan de los aldeanos o el poema *Sacha* en el cual, contemporáneamente a Turguenef, describe idénticos personajes en Rudin y en Natacha. Y la escena que pone término al primero de ellos, cuando es referido el coloquio del príncipe Volkonsky con su esposa, en el fondo de una mina en Siberia, es una de las más bellas páginas de la poesía mundial.

Ciertamente, los versos de Nekrasof llevan con frecuencia vestigios de una penosa lucha con la rima y en los poemas hay versos de poco valor; pero no es menos cierto que él es uno de los poetas más populares en la masa del pueblo. Una parte de sus poesías se ha hecho ya patrimonio común de toda la nación rusa; se le lee inmensamente, no sólo en las clases cultas, sino también entre los más pobres aldeanos. Y ha sido justamente observado, por nuestros críticos, que para comprender a Puskin es necesario un decarrrollo literario más o menos artificial, mientras que para entender a Nekrasof es suficiente al aldeano saber leer; y es difícil imaginarse, sin haberlo visto, con qué delicia los muchachos rusos, en las más pobres escuelas de aldea, leen acurridamente a Nekrasof y aprenden de memoria páginas enteras de sus versos.

El desarrollo del trabajo había traído

En el resto de Europa la nobleza tenía siempre su refugio en el rey. En Italia, donde el reino había desaparecido hacía mucho tiempo, donde la nobleza estaba, por decir así, suspendida, sin base, se la vio confesarse vencida, inclinarse ante la revolución, y como un beneficio, pedir el Estado plebeyo. Y cuando las comunas consentían acordar este favor, unían esta singular restricción: si un noble admisible al rango de los plebeyos no hacía culpable de una muerte en el espacio de diez años, sería condenado a ser suprimido del pueblo y vuelto a arrojar entre los grandes. De modo que, por una inversión de todo lo anterior, el más duro castigo al homicida, al asesino; era el estigma de nobleza. Ser *grande* en Florencia era, desde el punto de vista de la consideración y del honor, como ser forzado en nuestros días. La nobleza se convirtió en un presidio moral.

Los condos, los nobres, se inscriben en el libro de los carpinteros, o de los peleteros, o en la corporación más numerosa de la lana. Mientras que en otra parte el Estado llano penetraba en el feudalismo, se impregnaba de su espíritu, de sus costumbres, de sus prejuicios, en Italia es la nobleza quien entra en el Estado llano, desaparece como clase y deviene plebeyo. Ya que desesepara obrar en su propio nombre, la nobleza, unida a las repúblicas, se divide entre los oficios. Más de una vez los nobles desposeídos lograron así reconquistar temporalmente la ventaja y apoderarse del gobierno de la ciudad; pero sólo se concibe como accidentes locales, y comprueban mejor la derrota irremediable de la nobleza considerada como clase. Un partido que no osa enarbolar más su estandarte se confiesa vencido.

Pero al mismo tiempo que la nobleza descendía, la burguesía se elevaba: las artes, las ciencias, el comercio, la industria habían creado una nueva clase, infundada con sus luces y riquezas, que iba a pretender el sufragio y el poder de *dirigir*. En el momento en que la destrucción de la nobleza parece anunciar la pacificación universal, la guerra reconquista y se lee en las crónicas estas pa-

labras extraordinarias, que resumen prolongadas épocas:

"En aquel tiempo hubo una batalla entre el pueblo gordo y el pueblo flaco".

Tocamos un nuevo período de la historia italiana, período cuyo es difícil fijar la fecha y precisar las fases, pero que comienza al fin del siglo XIII, en ciertas ciudades, mientras que en otras se lucha aún contra la aristocracia, a la que se persigue.

El pueblo gordo es la gran burguesía, que forma una clase distinta, teniendo sus tradiciones, sus intereses, sus máximas de gobierno: los *popolani grassi* son los jueces, los médicos, los notarios, los doctores, los banqueros, los comerciantes, que quieren rechazar fuera del derecho político o, como se decía, hace treinta años, fuera del país legal, la turba de los artesanos, de los proletarios, de la plebe y de los hombres flacos.

"Apenas la burguesía, dice M. Quinet, hubo vencido a la rancia aristocracia, mereció al concurso del pueblo, cuando sin decir agua va! arremetió contra el pueblo con una furia, encarnizamiento y potencia de odio que nada cansó".

Desde el primer momento el orgullo de la clase advenediza estalla en las crónicas, con palabras injuriosas. "¿Qué nos importan la opinión y los hadros de ese populacho? ¿Qué puede haber de común entre ella y la justicia? ¿Sería hermoso ver que con tanta ignorancia se imaginase ser algo? Que los mercachifles vendan y compren su sordido botín; que los herreros forjen el metal; que los hombres dedicados a oficios liberales busquen el miserable lucro, nadie les impide ocuparse en los trabajos para los cuales están hechos. Pero la locura residiría en solicitar consejo de gentes que no han realizado ningún estudio! Mas cuando se trata de sabiduría y de prudencia, que no se mezclan con los hombres serios; que no discutan lo que serían incapaces de comprender. Que tengan la sensatez de permitir a las clases elevadas resolver la paz y la guerra y la dirección del gobierno".

No parece, este resumen de las crónicas italianas, extraídas literalmente de los diarios contemporáneos? ¿Y los *popolani grassi*, no hablan como los excelentes conservadores de nuestros días? ¿Pero, a tu cucha; si permaneces tranquilo se te arrojará de tiempo en tiempo un hueso; si te mueves, ojo al garrote!

Mientras el odio ardía lentamente en el corazón del pueblo, la burguesía realizaba sus negocios, desde el fondo de sus mostradores dirigía sus navíos, sus soldados, sus empleados, sus marinos, conquistaba territorios, descubría continentes, se extasiaba ante las obras maestras de sus artistas, admiraba sus poetas, finalmente atiborraba sus cajas. De vez en cuando un grito la distraía, y la forzaba a efectuar una tregua en sus dulces ocupaciones. El pueblo flaco se precipitaba a la plaza pública, gritando: "¡Muerte al pueblo gordo!"

La historia social de Italia, como la de la Francia actual, pone de manifiesto que los plebeyos, apenas salidos del pueblo, reaccionan furiosamente contra él.

J. GUYOT y S. LACROIX.

"Historia de los Proletarios".

•••••

Errico Malatesta

La vida de un anarquista

Un tomo en 8.ª, rústica \$ 1.20

Edición especial, papel piuma 2.00

" " " encuadernado en tela 3.50

(A fin de evitar posibles extravíos, recomendamos a los compañeros que a todo pedido que haya de servirse por correo se acompañe el correspondiente importe para el certificado.)

Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera —

Pedidos a Perú 1537

Buenos Aires

PAGINAS DE HISTORIA
Pueblo y burguesía en Italia

La importancia que gozó Italia en la edad media, debela a que fue la primera, entre las naciones occidentales, que combatió y derribó el feudalismo.

Mientras en Francia las comunas, después de un vigoroso esfuerzo, tornábanse impotentes y acababan por colgarse al lado del sistema feudal, aceptando bajo forma de privilegio lo que primero habían reclamado como derecho, mientras que en Inglaterra la aristocracia sabía ceder a tiempo y admitir las ciudades en el Parlamento, sin por eso abandonar sus privilegios basados en la conquista, en la posesión del suelo, Italia, por una serie de revoluciones inteligentes y necesarias, consiguió desembarazarse no solamente del sistema feudal, sino de lo que es más difícil aún, de los prejuicios feudales.

Por otra parte, en Italia la propiedad del suelo era considerada como signo distintivo, como la condición indispensable del derecho político, se estaba clasificado en la sociedad en razón del suelo que cada uno poseía; el mismo burgués, el hombre de las ciudades, no era burgués, sino con la condición de poseer un inmueble en la ciudad, de tener casa propia. La tierra dominaba al hombre.

En Italia, desde el siglo XII manifiéstase esta arrogancia individual del hombre, que quiere ser apreciado en su valor, que se separa de la gleba, que substituye a la influencia de la propiedad muerta el esfuerzo vivo y personal del trabajo. La ley no pregunta al italiano lo que posee, sino lo que hace. De esta manera, los que poseían vastos dominios quedaron reducidos a la nada. Es el trabajo el que hace al individuo y no la posesión del suelo. El que no estaba inscrito en el libro público, en uno de los oficios conocidos, era un miembro inútil o noivo, y como tal suprimido del cuerpo del estado. El noble que deseaba seguir siendo ciudadano, debía tomar u ostentar una profesión; la aristocracia terrateniente sufrió el predominio del trabajo industrial. Esta revolución estableció así desde el siglo XII la sociedad italiana sobre un principio que Europa está lejos de haber alcanzado en el siglo XIX. La antigüedad había hecho del trabajo un deshonro; el catolicismo un castigo, casi una vergüen-

za. La Italia de la edad media, aunque alimentada por los recuerdos de la antigüedad, aunque seriamente adicta a la religión católica, desembarázase de estas dos influencias; rehabilita el trabajo hasta convertirlo en el principio del derecho social. Y solamente esto prueba cuán profundamente personal era el movimiento que, bajo diferentes formas, por medio de innumerables revoluciones, agitaba, sacudía sin cesar las comunas italianas. Si se quiere comprender este movimiento, es menester distinguir la parte de la imaginación y la de la razón. Es la imaginación que engrandece las tradiciones del antiguo imperio, que olvida las catástrofes y las miserias, y sólo ve los esplendores y el prestigio, que da como ideal a los italianos la restauración imperial, la representación del pueblo en un hombre, la dominación universal por el cesarismo. Dejemos hablar a los poetas y los artistas, dejemos también al pueblo aclamar a los tribunos, que lo embriagan con el espectáculo de esta falsa grandeza y busquémos un poco más lejos la obra de la razón. La razón da a cada hombre el sentimiento de su propio derecho, de su individualidad, y lo incita a trabajar para realizar su derecho, para desarrollar su individualidad; y esto es lo que hace el italiano, a esto entrega toda su energía, todo su valor. Hace exactamente lo contrario de lo que sueña. La historia italiana es una perpetua contradicción entre el ideal y el hecho, entre el sueño y la realidad. El ideal es el cesarismo, la absorción de todos en uno solo; el hecho son las comunas, los grupos diseminados, independientes, viviendo cada uno su propia vida.

El sueño es la dominación universal por un poder fuerte; la realidad es la libertad dada al individuo, la dilatación de las fuerzas, de las ambiciones individuales.

Mientras parece perseguir un ideal de unidad, de centralización, de despotismo y anonomadismo, Italia llega a una espléndida realidad de diversidad, de federación, de expansión y de libertad. No olvidemos que esta realidad la consigue la libertad individual, por revoluciones sucesivas, por una anarquía inteligente.

El desarrollo del trabajo había traído

En el resto de Europa la nobleza tenía siempre su refugio en el rey. En Italia, donde el reino había desaparecido hacía mucho tiempo, donde la nobleza estaba, por decir así, suspendida, sin base, se la vio confesarse vencida, inclinarse ante la revolución, y como un beneficio, pedir el Estado plebeyo. Y cuando las comunas consentían acordar este favor, unían esta singular restricción: si un noble admisible al rango de los plebeyos no hacía culpable de una muerte en el espacio de diez años, sería condenado a ser suprimido del pueblo y vuelto a arrojar entre los grandes. De modo que, por una inversión de todo lo anterior, el más duro castigo al homicida, al asesino; era el estigma de nobleza. Ser *grande* en Florencia era, desde el punto de vista de la consideración y del honor, como ser forzado en nuestros días. La nobleza se convirtió en un presidio moral.

Los condos, los nobres, se inscriben en el libro de los carpinteros, o de los peleteros, o en la corporación más numerosa de la lana. Mientras que en otra parte el Estado llano penetraba en el feudalismo, se impregnaba de su espíritu, de sus costumbres, de sus prejuicios, en Italia es la nobleza quien entra en el Estado llano, desaparece como clase y deviene plebeyo. Ya que desesepara obrar en su propio nombre, la nobleza, unida a las repúblicas, se divide entre los oficios. Más de una vez los nobles desposeídos lograron así reconquistar temporalmente la ventaja y apoderarse del gobierno de la ciudad; pero sólo se concibe como accidentes locales, y comprueban mejor la derrota irremediable de la nobleza considerada como clase. Un partido que no osa enarbolar más su estandarte se confiesa vencido.

Pero al mismo tiempo que la nobleza descendía, la burguesía se elevaba: las artes, las ciencias, el comercio, la industria habían creado una nueva clase, infundada con sus luces y riquezas, que iba a pretender el sufragio y el poder de *dirigir*. En el momento en que la destrucción de la nobleza parece anunciar la pacificación universal, la guerra reconquista y se lee en las crónicas estas pa-

labras extraordinarias, que resumen prolongadas épocas:

"En aquel tiempo hubo una batalla entre el pueblo gordo y el pueblo flaco".

Tocamos un nuevo período de la historia italiana, período cuyo es difícil fijar la fecha y precisar las fases, pero que comienza al fin del siglo XIII, en ciertas ciudades, mientras que en otras se lucha aún contra la aristocracia, a la que se persigue.

El pueblo gordo es la gran burguesía, que forma una clase distinta, teniendo sus tradiciones, sus intereses, sus máximas de gobierno: los *popolani grassi* son los jueces, los médicos, los notarios, los doctores, los banqueros, los comerciantes, que quieren rechazar fuera del derecho político o, como se decía, hace treinta años, fuera del país legal, la turba de los artesanos, de los proletarios, de la plebe y de los hombres flacos.

"Apenas la burguesía, dice M. Quinet, hubo vencido a la rancia aristocracia, mereció al concurso del pueblo, cuando sin decir agua va! arremetió contra el pueblo con una furia, encarnizamiento y potencia de odio que nada cansó".

Desde el primer momento el orgullo de la clase advenediza estalla en las crónicas, con palabras injuriosas. "¿Qué nos importan la opinión y los hadros de ese populacho? ¿Qué puede haber de común entre ella y la justicia? ¿Sería hermoso ver que con tanta ignorancia se imaginase ser algo? Que los mercachifles vendan y compren su sordido botín; que los herreros forjen el metal; que los hombres dedicados a oficios liberales busquen el miserable lucro, nadie les impide ocuparse en los trabajos para los cuales están hechos. Pero la locura residiría en solicitar consejo de gentes que no han realizado ningún estudio! Mas cuando se trata de sabiduría y de prudencia, que no se mezclan con los hombres serios; que no discutan lo que serían incapaces de comprender. Que tengan la sensatez de permitir a las clases elevadas resolver la paz y la guerra y la dirección del gobierno".

No parece, este resumen de las crónicas italianas, extraídas literalmente de los diarios contemporáneos? ¿Y los *popolani grassi*, no hablan como los excelentes conservadores de nuestros días? ¿Pero, a tu cucha; si permaneces tranquilo se te arrojará de tiempo en tiempo un hueso; si te mueves, ojo al garrote!

Mientras el odio ardía lentamente en el corazón del pueblo, la burguesía realizaba sus negocios, desde el fondo de sus mostradores dirigía sus navíos, sus soldados, sus empleados, sus marinos, conquistaba territorios, descubría continentes, se extasiaba ante las obras maestras de sus artistas, admiraba sus poetas, finalmente atiborraba sus cajas. De vez en cuando un grito la distraía, y la forzaba a efectuar una tregua en sus dulces ocupaciones. El pueblo flaco se precipitaba a la plaza pública, gritando: "¡Muerte al pueblo gordo!"

La historia social de Italia, como la de la Francia actual, pone de manifiesto que los plebeyos, apenas salidos del pueblo, reaccionan furiosamente contra él.

J. GUYOT y S. LACROIX.

"Historia de los Proletarios".

•••••

Errico Malatesta

La vida de un anarquista

Un tomo en 8.ª, rústica \$ 1.20

Edición especial, papel piuma 2.00

" " " encuadernado en tela 3.50

(A fin de evitar posibles extravíos, recomendamos a los compañeros que a todo pedido que haya de servirse por correo se acompañe el correspondiente importe para el certificado.)

Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera —

Pedidos a Perú 1537

Buenos Aires

labras extraordinarias, que resumen prolongadas épocas:

"En aquel tiempo hubo una batalla entre el pueblo gordo y el pueblo flaco".

Tocamos un nuevo período de la historia italiana, período cuyo es difícil fijar la fecha y precisar las fases, pero que comienza al fin del siglo XIII, en ciertas ciudades, mientras que en otras se lucha aún contra la aristocracia, a la que se persigue.

El pueblo gordo es la gran burguesía, que forma una clase distinta, teniendo sus tradiciones, sus intereses, sus máximas de gobierno: los *popolani grassi* son los jueces, los médicos, los notarios, los doctores, los banqueros, los comerciantes, que quieren rechazar fuera del derecho político o, como se decía, hace treinta años, fuera del país legal, la turba de los artesanos, de los proletarios, de la plebe y de los hombres flacos.

"Apenas la burguesía, dice M. Quinet, hubo vencido a la rancia aristocracia, mereció al concurso del pueblo, cuando sin decir agua va! arremetió contra el pueblo con una furia, encarnizamiento y potencia de odio que nada cansó".

Desde el primer momento el orgullo de la clase advenediza estalla en las crónicas, con palabras injuriosas. "¿Qué nos importan la opinión y los hadros de ese populacho? ¿Qué puede haber de común entre ella y la justicia? ¿Sería hermoso ver que con tanta ignorancia se imaginase ser algo? Que los mercachifles vendan y compren su sordido botín; que los herreros forjen el metal; que los hombres dedicados a oficios liberales busquen el miserable lucro, nadie les impide ocuparse en los trabajos para los cuales están hechos. Pero la locura residiría en solicitar consejo de gentes que no han realizado ningún estudio! Mas cuando se trata de sabiduría y de prudencia, que no se mezclan con los hombres serios; que no discutan lo que serían incapaces de comprender. Que tengan la sensatez de permitir a las clases elevadas resolver la paz y la guerra y la dirección del gobierno".

No parece, este resumen de las crónicas italianas, extraídas literalmente de los diarios contemporáneos? ¿Y los *popolani grassi*, no hablan como los excelentes conservadores de nuestros días? ¿Pero, a tu cucha; si permaneces tranquilo se te arrojará de tiempo en tiempo un hueso; si te mueves, ojo al garrote!

Mientras el odio ardía lentamente en el corazón del pueblo, la burguesía realizaba sus negocios, desde el fondo de sus mostradores dirigía sus navíos, sus soldados, sus empleados, sus marinos, conquistaba territorios, descubría continentes, se extasiaba ante las obras maestras de sus artistas, admiraba sus poetas, finalmente atiborraba sus cajas. De vez en cuando un grito la distraía, y la forzaba a efectuar una tregua en sus dulces ocupaciones. El pueblo flaco se precipitaba a la plaza pública, gritando: "¡Muerte al pueblo gordo!"

La historia social de Italia, como la de la Francia actual, pone de manifiesto que los plebeyos, apenas salidos del pueblo, reaccionan furiosamente contra él.

J. GUYOT y S. LACROIX.

"Historia de los Proletarios".

•••••

Errico Malatesta

La vida de un anarquista

Un tomo en 8.ª, rústica \$ 1.20

Edición especial, papel piuma 2.00

" " " encuadernado en tela 3.50

(A fin de evitar posibles extravíos, recomendamos a los compañeros que a todo pedido que haya de servirse por correo se acompañe el correspondiente importe para el certificado.)

Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera —

Pedidos a Perú 1537

Buenos Aires

labras extraordinarias, que resumen prolongadas épocas:

"En aquel tiempo hubo una batalla entre el pueblo gordo y el pueblo flaco".

Tocamos un nuevo período de la historia italiana, período cuyo es difícil fijar la fecha y precisar las fases, pero que comienza al fin del siglo XIII, en ciertas ciudades, mientras que en otras se lucha aún contra la aristocracia, a la que se persigue.

El pueblo gordo es la gran burguesía, que forma una clase distinta, teniendo sus tradiciones, sus intereses, sus máximas de gobierno: los *popolani grassi* son los jueces, los médicos, los notarios, los doctores, los banqueros, los comerciantes, que quieren rechazar fuera del derecho político o, como se decía, hace treinta años, fuera del país legal, la turba de los artesanos, de los proletarios, de la plebe y de los hombres flacos.

"Apenas la burguesía, dice M. Quinet, hubo vencido a la rancia aristocracia, mereció al concurso del pueblo, cuando sin decir agua va! arremetió contra el pueblo con una furia, encarnizamiento y potencia de odio que nada cansó".

Desde el primer momento el orgullo de la clase advenediza estalla en las crónicas, con palabras injuriosas. "¿Qué nos importan la opinión y los hadros de ese populacho? ¿Qué puede haber de común entre ella y la justicia? ¿Sería hermoso ver que con tanta ignorancia se imaginase ser algo? Que los mercachifles vendan y compren su sordido botín; que los herreros forjen el metal; que los hombres dedicados a oficios liberales busquen el miserable lucro, nadie les impide ocuparse en los trabajos para los cuales están hechos. Pero la locura residiría en solicitar consejo de gentes que no han realizado ningún estudio! Mas cuando se trata de sabiduría y de prudencia, que no se mezclan con los hombres serios; que no discutan lo que serían incapaces de comprender. Que tengan la sensatez de permitir a las clases elevadas resolver la paz y la guerra y la dirección del gobierno".

No parece, este resumen de las crónicas italianas, extraídas literalmente de los diarios contemporáneos? ¿Y los *popolani grassi*, no hablan como los excelentes conservadores de nuestros días? ¿Pero, a tu cucha; si permaneces tranquilo se te arrojará de tiempo en tiempo un hueso; si te mueves, ojo al garrote!

Mientras el odio ardía lentamente en el corazón del pueblo, la burguesía realizaba sus negocios, desde el fondo de sus mostradores dirigía sus navíos, sus soldados, sus empleados, sus marinos, conquistaba territorios, descubría continentes, se extasiaba ante las obras maestras de sus artistas, admiraba sus poetas, finalmente atiborraba sus cajas. De vez en cuando un grito la distraía, y la forzaba a efectuar una tregua en sus dulces ocupaciones. El pueblo flaco se precipitaba a la plaza pública, gritando: "¡Muerte al pueblo gordo!"

La historia social de Italia, como la de la Francia actual, pone de manifiesto que los plebeyos, apenas salidos del pueblo, reaccionan furiosamente contra él.

J. GUYOT y S. LACROIX.

"Historia de los Proletarios".

•••••

Errico Malatesta

La vida de un anarquista

Un tomo en 8.ª, rústica \$ 1.20

Edición especial, papel piuma 2.00

" " " encuadernado en tela 3.50

(A fin de evitar posibles extravíos, recomendamos a los compañeros que a todo pedido que haya de servirse por correo se acompañe el correspondiente importe para el certificado.)

Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera —

Pedidos a Perú 1537

Buenos Aires

labras extraordinarias, que resumen prolongadas épocas:

"En aquel tiempo hubo una batalla entre el pueblo gordo y el pueblo flaco".

Tocamos un nuevo período de la historia italiana, período cuyo es difícil fijar la fecha y precisar las fases, pero que comienza al fin del siglo XIII, en ciertas ciudades, mientras que en otras se lucha aún contra la aristocracia, a la que se persigue.

El pueblo gordo es la gran burguesía, que forma una clase distinta, teniendo sus tradiciones, sus intereses, sus máximas de gobierno: los *popolani grassi* son los jueces, los médicos, los notarios, los doctores, los banqueros, los comerciantes, que quieren rechazar fuera del derecho político o, como se decía, hace treinta años, fuera del país legal, la turba de los artesanos, de los proletarios, de la plebe y de los hombres flacos.

"Apenas la burguesía, dice M. Quinet, hubo vencido a la rancia aristocracia, mereció al concurso del pueblo, cuando sin decir agua va! arremetió contra el pueblo con una furia, encarnizamiento y potencia de odio que nada cansó".

Desde el primer momento el orgullo de la clase advenediza estalla en las crónicas, con palabras injuriosas. "¿Qué nos importan la opinión y los hadros de ese populacho? ¿Qué puede haber de común entre ella y la justicia? ¿Sería hermoso ver que con tanta ignorancia se imaginase ser algo? Que los mercachifles vendan y compren su sordido botín; que los herreros forjen el metal; que los hombres dedicados a oficios liberales busquen el miserable lucro, nadie les impide ocuparse en los trabajos para los cuales están hechos. Pero la locura residiría en solicitar consejo de gentes que no han realizado ningún estudio! Mas cuando se trata de sabiduría y de prudencia, que no se mezclan con los hombres serios; que no discutan lo que serían incapaces de comprender. Que tengan la sensatez de permitir a las clases elevadas resolver la paz y la guerra y la dirección del gobierno".

Pedro Kropotkin JUSTICIA Y MORALIDAD

(Continuación)

Meward razona con perfecta lógica. Una de dos: O bien Huxley tiene razón al sostener que no existe en la naturaleza un proceso ético, o bien Darwin, que en su segundo trabajo fundamental "El Origen del Hombre" afirma con Bacon y con Augusto Comte que en los rebaños de animales, a consecuencia de esa vida de rebaños, el instinto de la comunidad se desarrolla tan fuertemente y se vuelve tan poderoso y decisivo que triunfa hasta sobre el instinto de la propia conservación (1). Y puesto que Darwin demostró con Shutesbury (2) que ese instinto es exactamente tan fuerte en el hombre primitivo, sólo que se desarrolló más y más por la tradición, es claro que, si esa concepción es justa, el origen moral en el hombre no puede ser otro que la evolución del instinto de la socialidad, propio a todos los seres vivos y que es observado en toda la naturaleza viviente.

En los hombres ese instinto se ha desarrollado más y más con la evolución de la razón, de la experiencia y de las costumbres correspondientes. La capacidad del lenguaje y más tarde el desarrollo de la escritura ayudaron mucho al hombre a recoger experiencias vitales y a desarrollar cada vez más los hábitos de la ayuda mutua y de la solidaridad, es decir la dependencia recíproca de todos los miembros de la sociedad. De este modo es comprensible, antes de que nazca la conciencia humana del deber, la conciencia del deber, a la que Kant dedicó tan magníficas líneas, pero sobre la cual no pudo dar ninguna explicación moral en tantos años de investigaciones.

Así declaró Darwin, un hombre tan versado en las leyes naturales, el sentimiento del deber. Pero ciertamente, cuando se juzga la vida de los animales de acuerdo a los ejemplares del Jardín Zoológico y se cierran los ojos ante la vida efectiva de la naturaleza y se quiere describir, según nuestras oscuras concepciones, entonces sólo queda realmente una salida: investigación de los sentimientos morales en algún misterioso poder.

En esta situación se ha colocado Huxley mismo. Pero — cuán raro es esto también — unas semanas después de haber dado su conferencia, cuando la hizo aparecer como folleto, la completó con una serie de anotaciones, con las que contradujo por completo uno de los pensamientos principales de su conferencia: el de los "procesos".

¿Cómo llegó Huxley a semejante complementación, que contradice por completo los pensamientos esenciales de lo que predicó poco antes? — No lo sabemos. Se puede suponer solamente que lo hizo bajo el influjo de su amigo, el profesor Romanes de Oxford que, como se sabe, preparaba en esa época material para su trabajo sobre la moralidad en los animales y bajo cuya dirección pronunció Huxley su conferencia en la Universidad. Puede ser que también otro de sus amigos haya ejercido ese influjo en él. Pero no quiero investigar los motivos de un cambio tan palpable. Tal vez lo hagan los biógrafos del profesor Huxley.

Para nosotros sólo importa lo siguiente: para todo el que se ocupa seriamente del problema de los orígenes de la moralidad en la naturaleza debe ser claro que los animales que viven en rebaño son obligados por la naturaleza a adoptar ciertos instintos, es decir, hábitos hereditarios de carácter moral.

Sin tales hábitos no sería posible la vida de las comunidades. Por eso encontramos en las comunidades de pájaros y de animales superiores de sangre caliente (y en especial las hormigas, avispas, abejas, que están a la cabeza de la clase de los insectos) los primeros rudimentos de conceptos morales. Encontramos en ellas el hábito de vivir en sociedades, que es para ellas una necesidad y una costumbre: no hacer a los otros lo que no quieren que se te haga. Vemos allí con frecuencia el autosacrificio en pro de los intereses de la sociedad.

Si un joven papagayo lleva del nido de otros una ramita, se lanzan los demás sobre él en bandada. Si en la primavera ocupa una golondrina en nuestros países después de su regreso de África un nido que no le perteneció en años anteriores, es arrojada de ese nido por las otras golondrinas de la comarca. Cuando una bandada de pelicanos penetra en el radio de pesca de otra bandada, es expulsada, etc. Hechos idénticos, que fueron examinados ya en el siglo pasado por los fundadores de la zoología y confirmados después también por muchos observadores modernos, son innumerables. Sólo son desconocidos a aquellos zoólogos que no han trabajado nunca en la naturaleza libre (3).

Se puede afirmar por consiguiente con precisión que las costumbres de la moralidad y del apoyo recíproco se desarrollaron ya en la vida animal y que el hombre primitivo conoció esos rasgos de la vida de los animales muy bien, como puede deducirse de las tradiciones y religiones de los hombres primitivos (4).

También demuestra el estudio de los pueblos primitivos existentes aún que las costumbres de la comunidad se desarrollan cada vez más en ellos. Descubrimos en ellos una serie de usos y costumbres que domestican la arbitrariedad de los individuos y determinan los fundamentos de la igualdad de derechos.

En verdad la igualdad de derecho forma la base de la economía de la tribu. Cuando alguien, por ejemplo, ha vertido la sangre de un miembro de otra familia en una riña, debe perder su sangre en igual medida. Cuando alguien ha herido a uno de su familia o de una familia extraña, uno de los parientes del herido tiene derecho, o mejor, debe inferirle una herida de igual tamaño al herido. La ley pública: Ojo por ojo, diente por diente, vida por vida, pero no más, — forma la regla conservada sagradamente por todos los pueblos que viven en comunidades familiares. Ojo por diente o una herida mortal por una superficial, contradeciría el concepto usual de la igualdad de derechos y de la justicia. Se advierte lo siguiente aún: ese concepto arraigó tan hondamente en la conciencia de los pueblos primitivos, que cuando un cazador vierte la sangre de un animal próximo a la especie humana según su idea, como por ejemplo un oso, los parientes vierten unas gotas de sangre del cazador, aunque solo pocas, en nombre de la justicia hacia la familia del oso. Muchas de las costumbres han quedado como supervivencias de las épocas anteriores, también en los pueblos civilizados, junto a las reglas morales altamente desarrolladas, hasta nuestros días (5).

En las mismas comunidades tribales comenzaron a desarrollarse gradualmente otros conceptos. Un hombre que ha infamado a alguno, está obligado a buscar la reconciliación y sus parientes tienen el deber de intervenir como mediadores pacíficos.

Cuando se examinan atentamente las representaciones de los pueblos primitivos sobre la justicia, se constata que no contienen exclusiva y finalmente otra cosa que el deber de no tratar a otro miembro de la propia tribu de un modo distinto a como desean que se les trate, es decir lo mismo que constituye el fundamento de toda moralidad y toda ciencia de la moralidad, — la Ética.

Pero más aún. Encontramos también elevados conceptos en los representantes más primitivos de la humanidad. Consideremos por ejemplo las reglas morales de los aleutas, que forman una rama de los pueblos más primitivos de los esquimales. Nos son bien conocidas gracias a los trabajos de un hombre extraordinario, del misionero Wenjamiof (6), y podemos presentarlas como modelos de los conceptos éticos del hombre del período post-diluviano, tanto más cuanto que hallamos idénticas reglas en otros pueblos salvajes también. Y sin embargo tienen esas reglas algo que sale de los cuadros de la justicia primitiva.

Entre los aleutas hay dos clases de reglas: prescripciones obligatorias y simples consejos. La primera, como también las reglas de que he hablado al principio de esta conferencia, se basan en el principio del tratamiento igual para todos, es decir, en el principio de la igualdad de derechos. A esto pertenecen las exigencias: no matar bajo ningún pretexto o herir a un miembro de la tribu; el deber de prestar a los miembros de la tribu toda suerte de ayuda y de compartir con ellos el último bocadillo; protegerlos contra los asaltos, respetar los dioses de la tribu, etc. Estas reglas constituyen tan naturalmente las reglas de la economía tribal que no pueden ser pasadas por alto.

Pero junto a estas estrictas leyes hay entre los aleutas y los esquimales ciertas demandas morales que no pueden ser exigidas, si no sólo recomendadas. No se puede expresar con la fórmula "esto o aquello debes hacer"; tampoco la fórmula griega "esto debe ser hecho" es apropiada; el aleuta dice en este caso: "es una vergüenza no hacer esto o aquello".

Es, por ejemplo, una vergüenza no ser fuerte y flaquear en una expedición mientras los demás sufren hambre.

Es una vergüenza no ir al mar cuando sopla fuerte viento; en otras palabras, es una vergüenza ser cobarde y no querer luchar contra la tempestad.

Es una vergüenza no ofrecer en la caza el mejor trozo a los compañeros; en otras palabras, ser avaricioso.

Es una vergüenza mostrarse zalamero con su mujer en presencia de un extraño y es una gran vergüenza en el cambio de artículos dar el precio más bajo por los propios. El honesto vendedor acepta el precio que el comprador le ofrece, así era al menos la regla general, no solo entre los aleutas de Alaska, entre los tchuktshen al noroeste de Siberia, sino también en la mayoría de los naturales de las islas del océano atlántico.

Lo que los aleutas quieren decir con las palabras: "es una vergüenza no ser tan fuerte, ni tan hábil, ni tan generoso como los otros!" — es claro. Quieren decir con eso "que es una vergüenza ser débil, es decir no ser igual a los demás corporal y moralmente". Con estas palabras condenan a aquellos que no corresponden a la deseada igualdad en el valor de todos los miembros de la tribu. "No demuestres ninguna debilidad que demande la compasión".

Los mismos deseos hallan expresión en las canciones que cantan las mujeres de los esquimales en las largas noches del invierno y en las cuales son ridiculizados los hombres que no se han mostrado a la altura debida en las mencionadas situaciones o que llegaron a la cábala sin suficientes motivos o que se revelaron insoportables o ridículos (7).

Así vemos que junto a los sencillos principios de la justicia, que no son otra cosa que pruebas de la igualdad y de los derechos iguales, los aleutas presentan aún ciertos ideales ideales. Exteriorizan el deseo de que todos los miembros de la tribu deben aspirar a ser iguales a los más fuertes, a los más prudentes, a los más resistentes, a los más generosos de ellos. Estas líneas de conducta que han sido elevadas a regla, significan ya algo más elevado que la simple igualdad de derechos. Son la expresión del esfuerzo hacia la perfección ética. Y este rasgo lo encontramos indudablemente en todos los pueblos primitivos. Saben que entre los animales que viven en sociedad los machos más fuertes se precipitan a la defensa de las hembras y de los hijos, a menudo sacrificando con ello su vida; en sus leyendas y canciones glorifican los pueblos primitivos a aquéllos de su círculo que perdieron la vida en la lucha contra la naturaleza o con los enemigos, defendiendo los suyos. Crearon ellos enteros de canciones sobre los que han hecho algo extraordinario en audacia, amor, habilidad, perspicacia para el bien de los otros; sin preguntar lo que recibirían ellos mismos como sueldo de ello.

Según estas indicaciones, es claro que el "proceso ético" de que habla Huxley, comenzando ya en el reino animal, ha pasado al hombre, y en este se ha desarrollado más y más por la tradición, por la poesía y por el arte. Su más alto grado lo alcanzó en los "héroes" de la humanidad y en algunos de sus maestros. La

disposición a dar la vida por los hermanos fué glorificada en la poesía de todos los pueblos y luego trasladada a las religiones de la antigüedad con la adición del perdón a los enemigos, en lugar de la venganza obligatoria de antes; se convirtió en el fundamento del budhismo y del cristianismo antes de que éste se convirtiese en un religión de Estado y renunciasen a las ideas básicas que lo diferencian de las otras religiones.

Así se han desarrollado los conceptos morales en la naturaleza en general y después en la humanidad.

Quisiera presentaros con gusto un corto resumen de su desenvolvimiento ulterior en los escritos de los pensadores desde la antigüedad hasta nuestros días. Pero debo renunciar hoy a ello, pues no terminaría en una conferencia. Sólo quiero hacer resaltar que la explicación naturalista de lo moral en el hombre ha sido imposible hasta el siglo XIX, aunque Spinoza se acercó mucho a ella y también Bacon habló de ello acertadamente. Podemos datos comprobados para convencernos de que los conceptos morales están estrechamente ligados a la existencia de los seres vivos, de que la lucha por la existencia, sin ellos no habría sido realizable; que la evolución de tales conceptos era igualmente inevitable lo mismo que el movimiento progresivo entero desde los organismos más simples hasta los hombres; y que esta evolución no habría sido posible si la mayoría de los animales no hubiesen poseído cualidades gráficas para la vida común y hasta bajo ciertas circunstancias para el sacrificio de sí mismo.

(Continuará)

(1) Como instinto se califican las costumbres que arrigan tanto en la sangre y en la carne que se heredan en los domos y en los animales. Así los pichuelos obrerizcan, tan pronto como salen del huevo, aunque no hayan sido empollados por el calor de la gallina, a escarbar con las patitas la tierra, exactamente como la gallina adulta.

(2) Un pensador inglés, que escribió sobre la esencia de la moralidad, nació en 1670 y murió en 1713.

(3) Véase mi libro "El apoyo mutuo", en el que se citan fuentes.

(4) Al problema de la adopción de las reglas éticas por los hombres primitivos del reino animal he dedicado algunas páginas de mi artículo "Moralidad en la naturaleza", en la revista "Nineteenth Century", marzo de 1905.

(5) Obviamente se comienzan a formar ya en los primeros tiempos de la fase de la tribu costumbres que aseguran la igualdad de derechos. El aditivo, es decir, el jefe guerrero, adquieren en la tribu la importancia que poco a poco (principalmente por sociedades secretas) forman clases, adivinos, sacerdotes, guerreros que asumen en la comuna tribal una posición particularmente privilegiada. Después, cuando en las tribus comienzan a formarse asociaciones familiares, en la época en que las mujeres son apropiadas primero por el ataque y la subyugación de tribus extrañas y después por simple robo, se desarrolló una desigualdad que pesó para siempre a ciertas familias en mejor situación que otras. Pero las comunidades tribales se esforzaron y se esfuerzan aún hoy donde existen, por mitigar esa desigualdad; y vemos por ejemplo entre los normandos que el guía de guerra (rey) que había asesinado a un guerrero, como cualquier simple guerrero debía pedir disculpa a la familia del muerto y pagar su expiación usual (más detalles en mi libro: "El apoyo mutuo").

(6) Después de haber visitado a los esquimales de la tundra.

(7) Véase sobre esto el informe de la expedición danesa que ha llegado en 1886 a la orilla occidental de Groenlandia y el trabajo de W. F. de los esquimales.